

—¡Pobre Inocencia!
 —¡La compadecese? ¡demonio! ¡qué sensibilidad más intempestiva!
 —Y, sin embargo, tendría motivos para detestarla.
 —¿Por qué?
 —Porque me ha hecho la peor de las ofensas.
 —¿Te ha llamado fea?
 —Peor.
 —¿Te ha difamado?
 —Peor.
 —¿Cielos! ¿te ha llamado... vieja?
 —¡Peor!
 —¿Cáspita! no sé qué pueda haber peor que eso para una mujer.
 —¿Me ha quitado el novio!
 —¿El novio? ¿mi mujer? ¡cáspita! supongo que no habrá sido para casarse con él, porque yo no permitiría tal... *pleonismo*.
 —¿Qué fuerza es que se casen?
 —Ni para... ¡canastos! ¿estás segura de lo que dices?
 —¿Quieres convencerte por tus propios ojos?
 —¿Qué hay que hacer?
 —Seguirme.
 —¿Te sigo!
 Debo advertir aquí, para evitar juicios que pudieran lastimar mi dignidad de marido, que yo no creía palabra de lo que decía Juana de Arco; sin duda se trataba de asustarme, y estaba dispuesto a seguir la broma hasta el fin. ¿Cómo podía admitir que mi esposa estuviese en el baile, con un amante, si era la más honrada de las mujeres, y, además, la había dejado en cama, indispuerta?
 Mi compañera me tomó del brazo, me hizo atravesar el salón y me condujo a un gabinete completamente desierto.
 Una vez solos se quitó el antifaz... y quedó helado de espanto.
 —¿Me creerás ahora si te repito que existe un abismo entre los dos? me dijo, con una sonrisa... *neroniana*.
 —¿Tú aquí? tartamudeé, sintiendo no encontrarme en aquel momento en los antípodas.
 —Parece que te contraría... ¡claro! tu mujer y yo habíamos pensado ya en canoizarte, cuando hete aquí que de la noche a la mañana el santo, el impecable, nos resulta un libertino de tomo y lomo. Ahora agradezco a mi hermana el que se casara contigo, y tú debes agradecerse también, porque a ser yo tu mujercita... ¡ya te habría sacado los ojos para escarmiento de pícaros!
 —Querrás decir de maridos.
 —Lo mismo da.
 —Vamos, cálmate, dije a mi cuñada; y, sobre todo, no digas nada a Inocencia...; le darías un disgusto... ¡pobrecilla! Además, ¿qué tiene de particular que te haya hecho el amor? no sabía quién eras, me pareciste bonita, y... ¡caramba! es tan aburrida la felicidad conyugal, que creo que a cualquier marido le es permitido distraerse un poco...
 —Bueno, pero con una condición.
 —¿Cuál?
 —Que dejarás en paz a Judith.
 —Renuncio a mi papel de Holofernes.

—Y que te irás inmediatamente a casita.
 —¡Inmediatamente!
 Volvimos al salón y no tardé en tropezar con don Casto, el cual me asió nuevamente del brazo y me llevó al ambigü.
 —Me había equivocado, me dijo con un fuerte suspiro; mi mujer... no era mi mujer.
 —¿Cómo! ¿ahora resulta que no están ustedes casados?
 —No, no es eso; quiero decir que la que creía mi mujer, está casada con otro.
 —No lo entiendo.
 —Lo que ha habido es un cambio de disfraces... ¡esas mujeres son el mismísimo demonio! resulta que el traje de Judith, que había visto en el tocador de mi mujer, se lo ha puesto una amiga de ésta, con la que ha venido al baile, y de ahí mi confusión.
 —Pero... ¿vinieron solas?
 —Vinieron con mi suegro; yo no las pude acompañar, porque estaba siguiendo la pista a un caballero gordiflón, abonado a la esquina de mi casa todas las tardes, y del que tengo vehementísimas sospechas de que hace el amor a mi mujer...
 —Cero, y van mil.
 —¡Ira de Dios! le digo a usted que mi matrimonio va a tener un final de ópera.
 —Pues, yo creo que ve usted visiones.
 —No hay tal.
 —Pero, en fin, ¿quién es Judith?
 —Una amiga de mi mujer, cuyo nombre me está terminantemente prohibido revelar.
 Era lo bastante para que mi curiosidad se excitase, y olvidándome de la promesa que hice a mi cuñada, me separé de don Casto, me lancé en medio de las revueltas parejas que invadían el salón y busqué por todas partes a mi bella desconocida, dispuesto a reanudar el frustrado idilio.
 Por fin la hallé, más hermosa y provocativa que nunca con su incitante traje judío.
 —Te buscaba, la dije, ofreciéndole el brazo; ¿quieres bailar?
 —No, contestó; estoy cansada y quiero retirarme.
 Y levantándose resueltamente, se apoderó de mi brazo y agregó:
 —Acompáñame al coche.
 —Pero... ¿has venido sola? dije alentando apenas.
 —Con mi marido.
 —¿Tu marido? ¿dónde está tu marido?
 —¿Qué sé yo! murmuró con despecho; probablemente entretenido con otras. No merece que le guarde fidelidad.
 —Dices bien, me apresuré a contestar; ¡no merece... que le perdonemos!
 Dos minutos después subía Judith al carruaje, y yo tras de ella... Me pareció que la fortuna, vestida por raro capricho de librea, iba en el pescante, llevándonos por senda de rosas al templo de la felicidad.
 Besé, sin poderme contener ya, el blanco y torneado hombro de Judith, y un feroz pellizco aplicado con verdadero ensañamiento y alevosía, me hizo lanzar un grito de dolor.
 El coche pasaba en aquel momento por delante de un foco eléctrico y a su blanca luz pude ver por fin el rostro de Judith, libre ya del antifaz...
 Y lancé otro grito; pero, esta vez de espanto.

¡Aquella mujer... era mi mujer!
 Y si no perdí en tal ocasión la cabeza, como todos los Holofernes, fue porque mi mujer es honrada y buena, y no perdió la suya.

CASIMIRO PRIETO.

Buenos Aires, septiembre de 1896.

MINUGIAS

GLADIATORIA

La voz de mis amores me grita: «desespera; la vida mereporta tan sólo decepción. Y aun amo, y aun existo! Y siempre, hasta que muera, al ideal suavis y fiel a su bandera, combatiré sin tregua mi estoico corazón!

TURPITUDO

No trates de ocultar tu alevosía en el sangriento drama de mi pecho; que ya no ignora nadie que tú has hecho el crimen de ser de otro siendo mía.

AUTOBIOGRAFÍA

Ser y sufrir: en ello está mi historia; ser y cumplir: en ello mi conciencia; ser y aspirar: en ello está mi gloria; ser y luchar: en ello mi existencia.

PALINGENESIA

Como el titán en fuerzas soberano, redimido en la hoguera del tormento, se regenera el corazón humano en la pira inmortal del sufrimiento.

LO INCOGNOSCIBLE

Al fondo del misterio mi espíritu descendiendo, cual baja al antro lóbrego explorador audaz; la antorchita de la ciencia para inquirir enciende, cual lámpara de Davy que protegiendo esplende, y a su labor se entrega solícito, tenaz.

Ingratas es la tarea; estéril la jornada. En vano el alma quiere lo ignoto sondar: se estrella en lo imposible, agítase en la nada, y piérdese en la duda, siniestra y desolada, como bajel errático en tempestuoso mar.

LOS DOS DESPOTISMOS

¿Cuál es el mal que aniquilar deseo? ¿cuál la opresión que excita más mi odio? El mal que hiciera mártir a un Harmodio; la opresión que vejara a Galileo.

TÓRRIDA

Lacen en tus pupilas reflejadas las sensuales y líbricas visiones, que siento, bajo el sol de tus miradas, rebramar mis indómitas pasiones con bramidos de fieras enceladas.

DIABÓLICA

Si fuera mundo, quisiera ser astro-rey; si oceano ola enorme y altanera; si símbolo, ser bandera, y si poder, soberano.

Si fuera cumbre, volcán; si coloso, Leviathán; si pasión, ser odio eterno; si suplicio, ser infierno, y si rebelde, Satán.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

EL MARIDO DE MI MUJER

(Continuación)

Acto II (1)

La misma decoración que el primero.

ESCENA PRIMERA

PEDRO—TELESFORA

(Al levantarse el telón, Telésfora está sentada en un sofá y Pedro de pie a dos pasos de ella)

TELESFORA—La señora me dijo que viniese a las ocho de la mañana; ¿no sabe usted a qué hora podrá volver con la seguridad de encontrarla?

PEDRO—A las once... Se almorzará poco después de esa hora... hoy nos hemos levantado todos muy tarde... estuvimos ocupados en asuntos de importancia hasta después de la media noche.

TELESFORA—¡Ay! no sabe usted lo que me urge arreglar...

PEDRO—¿Alguna cuenta?

TELESFORA (Recalcando las palabras).—Sí, una cuenta muy larga.

PEDRO (Con interés).—¿De vino?

TELESFORA (Con dignidad).—No, señor: de honra.

PEDRO—¿Y qué tiene que ver la señora con su honra?

TELESFORA—No es la señora; es el señor.

PEDRO—¡Diablo! Se trata entonces de un abuso de inocencia.

TELESFORA—Sí, hijo mío, abuso... de lo que usted dice.

PEDRO (Maravillado).—¿Parece imposible? ¿y usted, señora, lo dejó abusar?... ¡a su edad!

TELESFORA—¿Su edad? Los viejos son los peores para esas cosas.

PEDRO (Con aire de aprobación).—Es cierto: los viejos y las viejas... Pero usted debe tener experiencia... sus años... ¡vamos!... no, francamente, nunca me hubiera imaginado que el señor se atreviese a abusar de usted... ¡...

TELESFORA—¡Pero si no se trata de mí, hombre de Dios! ¡si es de mi hija!

PEDRO—¡Ah! ya, por eso decía yo... aunque hay hombres para todo... ¿con que su hija de usted...?

TELESFORA—Escuchó los galanteos de Quintanilla y... ¡...

PEDRO—Comprendo, comprendo... TELESFORA (Suspirando).—¡No sabe usted lo que cuesta una hija!

PEDRO—Hay de todos precios.

TELESFORA—Hablo de las penas que causan a las madres.

PEDRO (Encogiéndose de hombros).—Yo no lo sé.

(1) Desde la mitad de la escena quinta hasta la escena catorce inclusive fué suprimido en la representación por suponerse erróneamente como se ha visto después—que el segundo acto era demasiado largo. Esa es la razón por qué fué omitido en el cuadro de personajes, publicado al principio de la comedia, el nombre del doctor Rubinat, que aparece en este segundo acto.

ESCENA SEGUNDA

PASCUAL (solo)

(Sale de su habitación en cuanto Telésfora y Pedro han desaparecido)

PASCUAL—¡Maldita vieja!... No me faltaba más que este lío para concluir de enredar las cosas... ¿Sabrá ya algo mi mujer?... Siento que los pelos se me paran de punta. (Se toca la frente.) ¡Los pelos!... ¡si no fuera más que eso!... Casilda me aseguró que Clara era capaz de engañarme si descubría algún mal proceder en mi conducta... Es verdad que dijo: de su marido, si éste fuese viejo... y yo (Mirándose se al espejo) no es que sea viejo, no, pero no soy un jovencito, aunque estoy bien conservado y mi aspecto es bastante seductor. (Se mira complacido al espejo.) La prueba está en que hice la conquista de Clara, que Casilda se muere por mí, y que esa chica, Lola, la hija de Telésfora, está, sin duda, desesperada, loca, desde que sabe que me he casado;—pero... ¿qué hacer? ¿qué hacer? (Se pasea con agitación de un extremo al otro de la sala.) Telésfora va a venir... Casilda quiere que la acompañe a Sevilla. (Se detiene y se da una palmada en la frente.) ¡Mi idea, mi idea!... si logro que Julián haga la conquista de Casilda... lo que será difícil porque ésta me adora, pero que no es imposible porque yo le daré consejos a mi sobrino... los caso... Por lo pronto, hago que los dos se vayan a Sevilla juntos, hoy mismo... Veámoslos, meditemos... espero que venga Telésfora... la doy quinientos duros... después... (Medita) bueno, bueno... (Se sienta en el sofá y queda abstraído en sus reflexiones.)

ESCENA TERCERA

PASCUAL—PEDRO

PEDRO (Entra y se dirige al armario).—¡Vaya una vieja que es esta doña Telésfora!

¡y qué par de lagartas deben ser ella y su hija... El resultado es que a mí nada se me importa de todo eso. (Saca una botella del armario y la pone encima de la chimenea.) El vino es bueno, aunque no de lo más superior... se puede tomar porque no cuesta nada... El señorito es hombre de gusto y querrá comprar uno mejor para él... (Se vuelve a cerrar el armario) Me da lástima ver cómo lo engañan al pobre chico por un vejete pintado... Yo he visto a la señora dejarse abrazar por el tal, diciendo: ¡que nos pueden ver!—y él la contestaba: ¡déjame que te coma, bomboncito de crema!... ¡Habrás visto el muy goloso!... ¿qué hará cuando le digan que sí? (Se rie regocijado por la idea que se le ocurre.) Es necesario que yo le cuente a Juana lo que he visto... (Se pone serio.) Esta no es una casa decente... En todas partes donde yo he servido, las señoras engañaban a sus maridos con hombres jóvenes... ¡Eso era tener dignidad... pero aquí... (Moviendo la cabeza con aire perplejo) a menos que el viejo tenga mucho dinero... eso sería ya otra cosa, pero...

PASCUAL (Que ha salido de su abstracción al oír ruido, se aproxima a la chimenea y co-

TELESFORA—Usted no es madre.
 PEDRO (Con franqueza).—Mire usted; la verdad que no... apenas soy hijo.

TELESFORA—Y que una niña de tan buena cuna haya de pasar por tan terribles trances!... ¡Si su padre estuviera aquí!—Era un hombre muy distinguido... ¡...

PEDRO (Emocionado).—El mío también... era un gran jefe... ¡...

TELESFORA (Con admiración).—¡Ah! ¿sí? —Ya se conoce por sus modales que es usted persona muy bien nacida... ¿y usted sirve?

PEDRO (Con energía).—¡Vaya si sirvo!... ¡pues no faltaría más!... ¡...

TELESFORA (Riendo).—No, hijo mío, no; ¡vaya una ocurrencia! le pregunto si usted sirve de criado.

PEDRO—Las desgracias de familia... TELESFORA—Como nosotras... mi hija baila... ¡si su padre la viera! ¡bonito estaba él para que nadie se burlara de su niña!... ¡le hubiera ya pegado a Quintanilla más sablazos!

PEDRO—¡Ah! ya, vamos, que era, como suele decirse, profesor de sable.

TELESFORA—No, hijo mío, no: era guardia civil.

PEDRO—¿Y hace mucho tiempo que murió su marido de usted?

TELESFORA (Fingiendo cierta confusión).—Mi marido... precisamente, no lo era, pero... ¡...

PEDRO—Bueno, otra seducción. La cosas de familia.

TELESFORA—Como quien dice... PEDRO—¿Qué mundo, señor, qué mundo!

TELESFORA (Suspirando).—Los hombres, hijo mío, son lo peor que hay en la tierra.

PEDRO (Con tono de convicción).—Es verdad, es verdad: no hay nada peor que los hombres... después de las mujeres.

(En este momento Pascual abre la puerta de su habitación y va a salir, pero al ver a Telésfora retrocede espantado, cierra la puerta a medias y permanece allí haciendo esfuerzos para no perder una palabra de lo que hablan los dos personajes.)

TELESFORA (Levantándose).—Vamos, me voy; no puedo esperar más... quiero despertar a mi niña que como estuvo anoche de cena en el Imperial, es capaz de quedarse hasta las doce en la cama y hoy tiene ensayo... la pobre va a afligirse cuando sepa que todavía no ha sido posible sacarle del medio el estorbo.

PEDRO—¿Qué estorbo es ese?

TELESFORA—El embargo de los muebles... y mientras no arregle el asunto Quintanilla... ¡...

PEDRO—¿Y qué ha de hacer el señor?

TELESFORA—Pagar la indemnización si no quiere que le arme el escándalo del siglo.

PEDRO—¡Vea usted!... ¡y es mucho?

TELESFORA—Algo, algo. Tiene dinero y es un calavera, pues que pague los vidrios rotos.—Me voy... volveré a las diez y media... tengo prisa... luego le dejaré a usted las señas de mi casa por si quiere venir a visitarnos.

PEDRO—¡Gracias, muchas gracias!... saque usted primero aquello del medio y... (Salen ambos hablando en voz baja.)

ge la botella.)—¿Qué haces con esta botella?

PEDRO (*Volviéndose con desdén.*)—La he sacado para llevarmela a mi habitación.

PASCUAL (*Con sorpresa.*)—¿Y con qué objeto?

PEDRO (*Con calma.*)—¡Toma!, para bebérmela.

PASCUAL—¿Es decir que tú te bebes el Jerez que mandan de regalo a tu amo?

PEDRO (*Con dignidad.*)—Yo no me preocupo si el vino es regalado lo bebo cuando me parece bueno.

PASCUAL (*Furioso.*)—¡Atrevido! ¡insolente!

PEDRO (*Con mucha tranquilidad.*)—Más atrevido es usted que quiere comerse el bomboncito de crema de su sobrino

PASCUAL (*En el colmo de la exasperación.*)—¡Bribón! ¡canalla! ¡salga usted pronto! (*Se adelanta con intenciones de pegarle.*)

PEDRO (*Coge la botella y se dirige apresuradamente hacia la puerta del fondo.*)—¡Ya me la pagarás, vejetel! se te va a indigestar el bombón. . . . ¡Ah, señorito! (*Se hace a un lado para dejar pasar a Julián y sale.*)

ESCENA CUARTA

PASCUAL—JULIÁN

PASCUAL (*Dominándose.*)—¡Ah! ¿eres tú Julián? Vienes en buen momento: tengo que hablarte de un asunto de la mayor importancia; siéntate. (*Toma asiento en el sofá y hace señas a Julián para que se ponga a su lado.*) Creo que mi idea te parecerá excelente y que no vacilarás en aceptarla. va en ello tu porvenir, tu fortuna.

JULIÁN (*Bostezando.*)—Siendo así, no dude usted, tío, de que lo oiré con sumo interés, aunque me he levantado a una hora para mí inusitada.

PASCUAL (*Con solemnidad.*)—Tú eres el hijo único de mi hermana y tengo que ocuparme de que llegues a conquistarte una posición brillante. . . . siempre te he dado buenos consejos.

JULIÁN—¡Magníficos, tío!, sobre todo los que se refieren a los medios de conseguir el amor de las mujeres casadas.

PASCUAL (*Con severidad.*)—¡Basta ya de eso! aquellas eran bromas, olvídalas; ahora, conviene que tomes mujer. . . .

JULIÁN (*Aprobando con la cabeza.*)—En eso estoy pensando desde anoche, tío. . . . en tomar mujer.

PASCUAL (*Con satisfacción.*)—¡Muy bien hecho! pero yo me he preocupado de ti y te tengo reservada la que ha de hacer tu dicha.

JULIÁN (*Mirándole con aire eternecido.*)—¡Excelente, tío! ¡qué bueno es usted! (*Aparte.*) Me irá a ofrecer su mujer. (*Alto.*) Es usted un pariente como no hay otro en el mundo. (*Le estrecha la mano.*)

PASCUAL (*Cada vez más animado.*)—La mujer que te reservo no es una niña.

JULIÁN (*Con indiferencia.*)—¿Qué falta hace?

PASCUAL—Es viuda.

JULIÁN (*Con aire satisfecho.*)—Me gustan mucho las viudas. hay práctica en el amor.

PASCUAL—Es mujer de buenas carnes y de fortuna. . . .

JULIÁN—¡Vamos!, todo lo necesario para una excelente comida.

PASCUAL—No dudo que la aceptarás.

JULIÁN—Con todas esas cualidades no es posible rechazarla; ¿quién es ella?

PASCUAL (*Con gravedad.*)—Doña Casilda Cienfuegos.

JULIÁN (*Dando un salto en el asiento.*)—¡Matusalén hembra! (*Se ríe.*) ¡Pero tío! ¿de dónde diablos ha sacado usted una idea tan estrofalariá? ¡yo, casarme con doña Casilda, una vieja de setenta años!

PASCUAL (*Con gravedad.*)—Nada más que sesenta y dos.

JULIÁN—¡Como si dijéramos: una pollita! No, tío; prefiero el solterismo.

PASCUAL (*Impacientado.*)—¿Y la fortuna, desdichado? ¿No sabes que tiene trescientos mil duros? ¿Qué esperas hacer con tus miserables cien mil pesetas? Te las comerás en dos ó tres años ¿y luego?

JULIÁN (*Con calma.*)—Me queda su fortuna, tío; yo soy su único heredero.

PASCUAL (*Indignado.*)—¿Ya empiezas a desear mi muerte?

JULIÁN—No, tío, no; pero usted se ha de morir pronto.

PASCUAL (*En el colmo de la exasperación.*)—Soy casado. . . . dejaré un hijo, dos, media docena si es preciso, para que no te quede un cuarto.

JULIÁN (*Alarmado.*)—No, tío; no embrome; no vaya a hacer algún disparate. . . . comprenda que eso de casarse con doña Casilda es una atrocidad.

PASCUAL (*Levantándose y yendo hacia la puerta del fondo.*)—Te doy dos horas para reflexionar; si no te decides a casarte con doña Casilda, te desheredo; si aceptas lo que te propongo, tendrás los trescientos mil duros y una hermosa mujer; y si muero antes que tú, a pesar de que soy robusto y el médico me ha dicho que puedo vivir hasta los ciento y veinte años, te dejaré la mayor parte de mis bienes. Elige: la miseria ó la opulencia. Ya lo sabes; medítalo bien. (*Entra en su habitación.*)

JULIÁN (*Desesperándose.*)—Yo creo que no vivirá mucho el pobre. . . . en cuanto a tener hijos (*Meditando*) ¡eso lo veremos!

ESCENA QUINTA

JULIÁN—CASILDA

CASILDA (*Entra en el momento en que Pascual cierra la puerta.*)—Quintanilla, tenemos que hablar de un asunto muy grave.

JULIÁN (*Aparte, aterrado.*)—¡Me vendrá a ofrecer su mano la vieja!

CASILDA (*Sentándose a su lado.*)—Es necesario ser fuerte y no rendirse a la desesperación; ¡la conducta de Clara es muy culpable, pero piense usted que es joven, inexperta. . . .

JULIÁN (*Maravillado.*)—Crea usted, señora, que no comprendo. . . . (*Aparte.*) ¿Qué querrá decirme la vieja?

CASILDA (*Con dulzura.*)—Hay que ser generoso.—Después de todo, quizá no pase de una broma, y en fin ¡no está usted seguro de ser también culpable? Su conducta con la hija de doña Telésfora. . . .

JULIÁN (*Aturdido.*)—¡Doña Telésfora!

CASILDA (*Con gravedad.*)—Luego habla-

remos de eso; por el momento quiero que usted se calme, y me prometa no hacerle nada a Clara.

JULIÁN (*Estupefacto.*)—¿Usted cree, señora, que yo tengo intenciones. . . .

CASILDA (*Suspirando.*)—No sé lo que usted hablaba con su tío; pero Pedro me dice que ha oído gritar y he comprendido que ustedes reñían por causa de ella.

JULIÁN—¡Ah! ¿usted ha comprendido. . .

CASILEA—Pedro me contestó que había visto a Pascual abrazar a Clara; usted lo ha sabido, pero. . . .

JULIÁN (*Echándose a retr.*)—¡Ah! ¿es eso?; pero, señora, ¿y a mí qué me importa?

CASILDA (*Asombrada.*)—¿Cómo! ¿a usted no le importa que su mujer. . . . (*Aparte*) ¡es el hombre más sinvergüenza que he visto en mi vida!

JULIÁN (*Recordando su papel y fingiendo indignarse.*)—¡Sí, tiene usted razón, es una iniquidad, y si no fuera mi tío. . . .

CASILDA (*Satisfecha.*)—Esta consideración del parentesco es de una gran importancia. . . . pero de todos modos, antes que las cosas sigan más adelante, es indispensable que usted signifique a su tío que no debe volver a poner los pies en su casa.

JULIÁN (*Con gran dignidad.*)—¿Cree usted conveniente que se lo diga? Yo no pensaba ser tan duro, porque al fin y al cabo, como es el hermano de mi madre. . . . ya ve usted. . . . todo queda en familia.

CASILDA (*Aparte, maravillada.*)—¡Pero qué idiota es este hombre! (*Alto.*) Después de todo, la cosa no pasará, quizás, de una broma. . . . (*Como hablando consigo misma.*) Pero en verdad no me explico esa conducta de Pascual. . . . Un hombre tan moderado, de tan buenas costumbres.

JULIÁN (*Con fingida gravedad.*)—¡Y tan buenas! No lo conoce usted bien, señora, es un santo.

CASILDA (*Sin escucharlo, abstraída en una idea.*)—No lo comprendo, solamente que hubiese perdido la razón.

JULIÁN (*Asintiendo.*)—Solamente así. . . . (*Como iluminado por una idea repentina.*) Es una desgracia. . . .

CASILDA (*Le mira sorprendida.*)—¿Qué quiere usted decir? ¿Entonces Pascual? . . .

JULIÁN (*Bajando la voz y mirando antes a todos lados como si temiese que le oyeran.*)—Sí, señora, sí, esto es un secreto. . . . no se lo querrá decir a usted. . . . es necesario no revelarlo a nadie. . . . deme usted su palabra. . . .

CASILDA (*Emocionada.*)—Se la doy. . . . se la doy. . . . hable usted, por Dios: ¿qué pasa?

JULIÁN (*Con tono solemne.*)—Mi tío ha perdido la razón.

CASILDA (*Alogando un grito.*)—¿Será posible? (*Con desesperación.*) ¡Ah! Dios mío, Dios mío, qué desgracia! Ahora recuerdo su actitud extraña cuando hablamos anoche de asuntos de familia. . . . ¿y cómo ha sucedido eso?

JULIÁN (*Perplejo.*)—¿Cómo? De la manera más sencilla posible. . . . sacudimientos morales. . . . qué sé yo . . . antiguos padecimientos. . . . (*Mirando la puerta de la habitación de Pascual*) pero no hay que decirle nada. . . . tiene muy mal genio. (*Aparte.*)

Me va a reventar de una palia. . . . (*Alto.*) Hay que proceder con tino, señora, no vaya usted a decirle nada. . . .

CASILDA (*Con aire abatido.*)—No, no, de ninguna manera. . . . descuide usted. . . . (*Con energía.*) Es menester salvarlo; usted me ayudará. . . .

JULIÁN (*Asustado.*)—¿Qué piensa usted hacer, señora? No cometa usted a'guna imprudencia. . . .

CASILDA—No, no; (*Poniéndose de pie*) haga usted el favor de dejarme sola. . . . esto corre por mi cuenta. . . . tengo una idea. . . . hay que ocultar esta desgracia a mi sobrina y evitar que los criados se enteren.

JULIÁN (*Confundido.*)—Sí, sí, señora; está bien. . . . me voy. . . . tiene usted carta blanca, pero ni una palabra añadie. . . . (*Aparte.*) Creo que he hecho un disparate tremendo. . . . pero mi tío tiene la culpa. . . . (*Entra en su habitación.*)

ESCENA SEXTA

CASILDA y JUANA

CASILDA (*Tira el cordón de la campanilla.*)—Es una horrible desgracia, voy a mandar llamar al médico, quizá la dolencia no pase de un acceso de fiebre. (*A Juana que entra en ese momento por la puerta del fondo.*) Oye, chica: sucede una cosa muy grave; tú eres discreta y te lo contaré. . . . Don Pascual se ha vuelto loco; ésta es la causa de aquello que sabes.

JUANA (*Asombrada.*)—¿Es posible? Bien mirado, no podía ser de otro modo lo que me ha contado Pedro. . . . yo conozco a mi señora, y ya me extrañaba; entonces quiere decir. . . .

CASILDA (*Sin escucharla.*)—¿Conoces algún médico que viva cerca de esta casa?

JUANA—Yo no, señora, pero seguramente Pedro, que es antiguo habitante del barrio. . . .

CASILDA (*Volviendo a tirar el cordón de la campanilla.*)—Es preciso guardar reserva, no decirlo a nadie. . . . es por honor de la familia. . . . ya ves tú, un loco. . . . no lo cuentes. . . .

JUANA (*Ficada.*)—Soy discreta, señora; la señorita Clara tiene en mí la mayor confianza; esté usted segura. (*Internamente.*) Ahí está Pedro.

ESCENA SÉPTIMA

Dichos y PEDRO

CASILDA (*Dirigiéndose a Pedro que entra secundando los labios con el dorso de la mano.*)—Oye tú: ¿vive por aquí algún médico?

PEDRO (*Haciendo movimientos afirmativos con la cabeza.*)—Vive, vive. . . . el doctor Rubinat. . . . un gran médico. . . . un hombre muy sabio. . . . muy serio. . . . no se ríe nunca.

CASILDA (*Con satisfacción.*)—¡Ah! muy bien; ¡ha hecho grandes curas!

PEDRO (*Siempre con sus movimientos de cabeza.*)—¿Que si ha hecho curas? ¡Pues no ha de hacerlas! Figúrese usted: yo fui a llamarlo para un señorito que vivía en la casa de pupilaje de enfrente. . . . el pobre tenía unas malditas jaquecas; le dabancada mes,

le duraban veinticuatro horas. . . . él no quería médico, pero la patrona dijo: venga el doctor Rubinat. . . . lo tuvo veinte días en la cama y le hizo gastar doscientas pesetas en botica. . . . recetas iban y recetas venían. . . . escritas en latín, frasquitos con bebidas de colores, cajitas con polvitos, ¡qué sé yo! . . . es un sabio. . . .

CASILDA (*Con interés.*)—¿Y se le quitaron las jaquecas al pobre hombre?

PEDRO—¡Por fuerza! Yo le oí decir cuando se levantó de la cama más flaco que un langostino. . . . que me maten si llamo otro médico en toda mi vida. . . . Usted comprende; no quiere más médico. Está sano.

CASILDA—¿Y ha oído hablar de alguna otra cura?

PEDRO—¡Vaya si he oído hablar! Al dueño de la tienda de ultramarinos que está en la esquina, lo curó de una enfermedad terrible a los riñones y al hígado, complicada con un aneurisma a la pierna derecha. . . .

CASILDA (*Muy satisfecha.*)—¡Ah! muy bien, muy bien; entonces es un gran médico. . . . tú conoces al tendero que fué curado. . . .

PEDRO—Vaya, vaya, como que lo acompañé al cementerio. . . .

CASILDA (*Con impaciencia.*)—No me parece muy conveniente, pero, en fin, tiene fama. . . .

PEDRO—¡Ya lo creo! Es un sabio, un hombre muy serio, mucha receta, frasquitos, cajitas. . . .

CASILDA (*Interrumpiéndole.*)—Bueno, bueno; corre a llamarlo. . . . que venga inmediatamente. . . . se trata de un caso grave. . . .

PEDRO—¿Puedo saberlo? Yo soy mudo como una tumba. . . .

CASILDA—Sí, sí, pero ve corriendo; dile que se trata de una persona que ha perdido el juicio. . . .

PEDRO (*Moviendo la cabeza.*)—Apostaría a que es el viejo. . . .

CASILDA (*Impaciente.*)—Sí, no pierdas tiempo. . . .

PEDRO—Voy volando. (*Sale con paso tarado y moviendo la cabeza.*)

ESCENA OCTAVA

CASILDA—JUANA

CASILDA—Juana, tú eres una chica discreta; no necesito recomendarte el mayor secreto.

JUANA—Puede la señora contar con mi discreción.

CASILDA—Que no sépa de esto ni una palabra la señorita Clara.

JUANA—Lo que es por mí no lo sabrá, si la señora no se lo cuenta.

CASILDA—¿Cómo te puedes figurar?—No lo he contado más que a ti y a Pedro.

JUANA—Es cierto, señora, (*Aparte*) porque no ha hablado con nadie más.

CASILDA—Entro a mi habitación; en cuanto venga el médico, me lo anuncias; cuidado que no hable con nadie. (*Sale.*)

JUANA—Descuide usted, señora. . . . (*Hablando consigo misma.*) Es muy curioso lo que está pasando aquí. . . . Mi señorita se deja abrazar por el viejo. . . . es decir, por el otro viejo, porque, según Telésfora, su marido también es entrado en años. . . . y

no lo parece. . . . Dice que está teñido. . . . ¡qué lástima! . . . A mí me gustan los bigotes. . . . ¡pero pintados! (*Hace un movimiento de hombros*) en último caso los tomaría aunque lo estuviesen. . . . (*Suspira*) ¡están tan escasos . . . y además los señoritos no se pintan tan bien el pelo y la cara. . . . (*Suena la campanilla.*) Debe ser el médico. . . . (*Va a salir por la puerta del fondo a tiempo que entra el doctor Rubinat.*)

ESCENA NOVENA

RUBINAT—JUANA

RUBINAT (*Saludando a Juana.*)—Soy el doctor. . . . he sido llamado. . . . me dicen caso grave. . . .

JUANA (*Con precipitación.*)—Sí, señor doctor, es cierto; voy a llamar a la señora; tenga usted la bondad de esperar un momento. . . .

RUBINAT (*Manifestando cierto temor y mirando con desconfianza en derredor suyo.*)—Permítame usted; supongo que la persona no vendrá por aquí; hay que tomar precauciones. . . . (*Deja su sombrero encima de la mesa*) yo he traído este remedio. (*Muestra un grueso bastón.*) Usted sabe, vergas amansan. . . . el adagio lo dice. . . .

JUANA—Voy a avisar a la señora. . . .

RUBINAT—Muy bien, pero. . . . (*Mira a todos lados con aire inquieto.*)

JUANA—Perdone usted, señor doctor, pronto vendrá la señora. (*Entra en la habitación de Casilda al mismo tiempo que Clara sale de la suya.*)

ESCENA DÉCIMA

CLARA—RUBINAT

CLARA (*Se queda sorprendida al encontrarse con un desconocido.*)—Caballero, no sé, no comprendo a quien tengo el honor de recibir en mi casa. . . .

RUBINAT (*Que le daba la espalda y que se vuelve al oír sus primeras palabras.*)—Ah, señora, (*Aparte*) lindísima mujer. (*Alto.*) Soy el doctor Rubinat de las facultades de Madrid, Barcelona y Montpellier, especialista en todas las dolencias. . . . he venido para ver la persona enferma. . . .

CLARA (*Con asombro.*)—Persona enferma, en esta casa. . . .

RUBINAT—¿No lo sabía usted, señora?

CLARA—No, caballero, y, francamente, no me explico. . . .

RUBINAT—Parece que se trata de desequilibrio mental. . . .

CLARA (*Creyendo adivinar la verdad.*)—¡Ah! Dios, (*Aparte*) ¡pobre tía! (*Alto*) y doctor, ¿la ha visto usted?

RUBINAT—Todavía no, señora; estoy esperando que me la presenten; pero ¡podrá usted darme algunos datos respecto de ella, la clase de locura?

CLARA (*Afugada.*)—Dios mío, doctor; yo no lo sé bien; pero me dicen que ha sido el reumatismo que le ha atacado la cabeza. . . .

RUBINAT (*Moviendo la cabeza con aire solemne.*)—Reumatismo a la cabeza. . . . grave, muy grave. . . . caso extraordinario. . . . es necesario ver, examinar, ¿mucho edad?

CLARA—Bastante, doctor, bastante.

RUBINAT—¿Sesenta años?

CLARA—Más, doctor, más.
RUBINAT (*Cada vez más solemne.*)—Caso difícil, muy difícil; ¿tiene monomaniás?

CLARA (*Titubeando.*)—Me parece. creo, es decir, me ha dicho que el matrimonio

RUBINAT—Caso incurable para otro que no fuera yo. mucha práctica. nada se me escapa. ¿tiene usted botica fija?

CLARA—No, doctor; hace recién un mes que vivimos en este barrio.

RUBINAT (*Con tono de satisfacción.*)—Muy bien, muy bien; es de mucha importancia proveerse en una buena farmacia. mandarán buscar los remedios á la de mi primo, farmacéutico graduado en varias universidades nacionales y extranjeras. medicamentos excelentes. de resultados infalibles. aunque un poco caros.

CLARA—No se preocupe usted del precio, doctor.

RUBINAT (*Haciendo un gesto de satisfacción.*)—¡Ah! muy bien; los ricos tardan en curarse. pero se curan. y la persona enferma ¿tiene fortuna?

CLARA—Trescientos mil duros; además mi marido tampoco es pobre y como somos parientes tan cercanos. (*Ve á Casilda que abre en ese momento la puerta de su habitación.*) ¡Ah!, Dios mío; ahí está. Dispense usted, doctor. (*Sale rápidamente.*)

ESCENA UNDÉCIMA

RUBINAT, CASILDA y PASCUAL

RUBINAT (*Mira á Casilda y habla consigo mismo.*)—Parece que ésta es la persona enferma. tiene cara de loca. —¡Trescientos mil duros! ¿cuándo podré yo ganarlos? Si pudiese yo curarla y. ¡pero es muy vieja! (*Oyendo ruido de la parte opuesta, se vuelve encontrándose con Pascual que ha entrado al salón al mismo tiempo que Casilda.*) ¡Caballero! (*Volviéndose á Casilda.*) ¡Señora! (*Aparte.*) ¡Ahora sí que estoy fresco! ¿cuál de los dos? (*Alto.*) Ustedes dispensarán; he venido llamado. (*Se detiene perplejo.*)

PASCUAL (*Rápidamente á Casilda en voz baja.*)—¿Quién le ha llamado?

CASILDA (*Á Pascual en el mismo tono.*)—Yo estoy algo enferma de la cabeza, una gran jaqueca. (*Alto dirigiéndose á Rubinat.*) Sí, doctor, hemos oído hablar de su ciencia.

RUBINAT (*Con aire de desdenosa indiferencia.*)—Sí, algo se habla, estudié mucho. grandes premios. indudablemente no es teatro para mí esta ciudad. París es otra cosa, volveré allá pronto. soy amigo de todas las eminencias.

CASILDA (*Con admiración.*)—Es posible. ¿de los cardenales?

RUBINAT—Eminencias científicas. famosos oculistas, ilustres patólogos, cirujanos notabilísimos. bacteriólogos célebres. alienistas renombrados. todos compañeros míos inseparables. asistimos juntos. me consideran primer discípulo. primera fuerza. pronto maestro.

CASILDA (*Gososa.*)—¡Ah!, doctor, qué hermoso es todo eso que usted dice. y no lo entiendo. pero por lo mismo.

veo que usted es un sabio, ¿no te parece, Pascual?

PASCUAL (*Con aire de fastidio.*)—Naturalmente que es un sabio. (*Aparte.*) Apostaría á que este hombre es un ignorante. cuando más será un mono sabio.

CASILDA—¿Y es usted casado, doctor?

RUBINAT—No, señora, pero desearía serlo; el matrimonio es una gran institución. (*Mira alternativamente á Casilda que está á su derecha y á Pascual que está á su izquierda para ver el efecto que les hacen sus palabras.*)

CASILDA (*Con entusiasmo.*)—Es verdad, doctor, es verdad; ¡ah! el matrimonio. (*Suspira.*)

PASCUAL (*Con energía.*)—Sí, señora, tiene usted razón; la paz de la vida, la felicidad. todo, todo está en el matrimonio.

RUBINAT (*Aparte.*)—¡Diablo! esto se complica; los dos son partidarios decididos de la institución; pero ¿cuál de ellos es el loco? ¿la vieja ó el viejo? ¡A menos que lo sean uno y otro!

CASILDA (*Con intención.*)—El matrimonio es un sacramento, y la primera condición para observar las leyes divinas es la felicidad; el hombre que se introduce en un hogar para apartar la esposa de sus deberes es un.

PASCUAL (*Con violencia.*)—Un miserable, un criminal, un infame.

RUBINAT (*Mirándolos uno después de otro con suma atención.*)—Es indudable que el demente es el viejo. no la vieja. no, bien mirado creo que están locos los dos. (*Alto.*) Pero cuando se ama tiernamente, (*Mira á Casilda*) cuando el amor es sólido. (*Mira á Pascual.*)

CASILDA (*Suspirando.*)—¡Ah! sí, doctor; el amor. cuando se adora.

PASCUAL (*Contoneándose.*)—Es cierto; cuando le aman á uno apasionadamente no hay nada que temer.

RUBINAT—Ciertamente; amar, ser amado. (*Aparte.*) ¿Cuál de ellos es el loco? (*Alto*) plena seguridad para la vida, (*Aparte*) la vieja hace arrumacos; está loca; (*Alto*) felicidad completa. (*Aparte*) el viejo se hace el pollo. está reblandecido.

CASILDA (*En voz baja á Rubinat.*)—Doctor, lo dejo con la persona; examínela usted bien. (*Se dirige á su habitación sin volver la cabeza.*)

PASCUAL (*En el mismo tono y sin fijarse en Casilda.*)—Los dejo solos para que recete. (*Sale.*)

RUBINAT (*Siguiendo con la vista ya á uno ya á otro hasta que entran en sus respectivas habitaciones.*)—Nunca he visto cosa semejante; seguramente que están locos los dos viejos. Sin embargo, no me han hablado sino de uno y no me dijeron el sexo. voy á llamar á la criada para que me explique lo que pasa aquí. (*Se vuelve á tiempo que entra Telésfora por la puerta del fondo haciendo grandes reverencias.*) ¡Ah! (*Se da una palmada en la frente*) hela aquí. (*Aparte.*) no había sido ninguno de los dos viejos aquellos. es esta vieja. no hay más que verla para comprender que le falta la razón.

ESCENA DUODÉCIMA

TELÉSFORA—RUBINAT

RUBINAT—Señora, es á usted á quien esperaba; tengo el honor.

TELÉSFORA—¿Sí, caballero? Es usted muy amable. Usted comprende mi situación; ¿le han dicho?

RUBINAT (*Tomando de la mano y la hace sentar en el sofá donde se coloca él á su lado.*)—Ciertamente, señora, pero no tema usted. hallaremos el remedio. (*Contemplando el amor es la culpa de todo eso.*) —pero él mismo puede curar los males que causa.

TELÉSFORA (*Mirando con agrado á Rubinat.*)—Entonces cree usted que. yo me doy cuenta de mi situación. es delicada, pero.

RUBINAT—Sí, señora; no se preocupe usted de eso.

TELÉSFORA—La cuestión de dinero no me parece que será inconveniente.

RUBINAT (*Tomándole el pulso.*)—¿Quiere usted callar, señora? ¿Dinero? Cueste lo que cueste, eso importa poco. lo importante es la tranquilidad de ánimo.

TELÉSFORA (*En el colmo de la alegría y apretando la mano de Rubinat.*)—Caballero, me colma usted de satisfacción, y crea usted que le estaré tan agradecida. cuente usted conmigo. (*Aparte.*) Me parece que me está haciendo el amor. (*Alto.*) ¿Puedo saber quién es usted, caballero? ¿Un amigo de la casa?

RUBINAT (*Tratando siempre de tomarle el pulso, mientras ella creyendo que le hace el amor le aprieta la mano.*)—Sí, señora, sí, un amigo de la casa. el doctor Rubinat. de las facultades de Barcelona, Madrid y París. (*Aparte.*) Está endiablada esta vieja. es una fiebre amorosa.

TELÉSFORA (*Inclinándose hacia él y mirándole con ternura.*)—¿Soltero?

RUBINAT—Lo más soltero que puede haber. aunque con deseos matrimoniales. (*Aparte.*) Terrible la vieja.

TELÉSFORA—El amor, caballero.

RUBINAT—El amor, señora. (*Aparte.*) ¡Qué vieja fea!

TELÉSFORA—¿Usted piensa que se arreglará pronto el asunto?

RUBINAT—Indudablemente, dentro de algunas horas; voy á mandar buscar lo necesario. (*La vieja empieza á desvariar.*)

TELÉSFORA—¿Y nos veremos?

RUBINAT—Esta tarde. aquí mismo.

TELÉSFORA—Me retiro. tengo que hacer. volveré luego; (*Con intención y mirándolo amorosamente*) hablaremos después en casa.

RUBINAT—Sí, señora, sí. (*Aparte.*) ¡Qué vieja empalagosa! pero trescientos mil duros.

TELÉSFORA—Me voy, doctor. ¿puedo estar segura que tendrá usted luego eso?

RUBINAT—Descuide usted, descuide; (*La acompaña hasta la puerta*) no se fatigue usted demasiado. mucha tranquilidad.

TELÉSFORA—Sí, doctor, sí, me conservaré para los que me aman. (*Sale después de*

estrechar la mano de Rubinat, y antes de desaparecer vuelve á mirarlo.)

ESCENA DÉCIMATERCIA

RUBINAT—CLARA

CLARA (*Que acaba de salir de su habitación en el momento en que Telésfora desaparece.*)—¿Doctor, la ha visto usted? ¿qué me dice? ¿Su estado es grave?

RUBINAT—Grave, gravísimo, señora.

CLARA (*Afligida.*)—¿Incurable?

RUBINAT (*Con aplomo.*)—Para los demás médicos, sí; para mí no. ya sabe usted, señora; ¡ah! ¿no se lo dije? mis compañeros de París, los grandes maestros de la ciencia, me han considerado siempre como su mejor discípulo. uno de ellos me decía: tú serás. en fin, ¿para qué contar á usted eso, señora? Bástele saber que la señora será curada.

CLARA (*Señalándole la mesa.*)—Aquí tiene usted, doctor, lo necesario para escribir las recetas.

RUBINAT—No hace falta, señora; yo mismo voy á la farmacia y allí ordenaré todo lo que sea necesario.

CLARA—Mandaré un criado con el dinero.

RUBINAT—No, no; después pasará mi primo la cuenta; todas las semanas.

CLARA—¿Y qué remedios?

RUBINAT—Poca cosa. (*Meditando.*) Una bebida por cucharadas. una cada hora mientras esté despierta. Píldoras de. en fin, ya veremos de qué; una cada cuarto de hora. Aguas minerales de Vals. orchatas especiales para refrescar la sangre. hierro para fortalecer la sangre. Laxantes para limpiar el hígado. Vinos generosos con peptonas para tonificar el organismo. Agua de azahar para el corazón. Algunas pastillas pectorales y otros pocos pequeños remedios infalibles, indispensables para la completa medicación de la respetable dama. (*Cogiendo su sombrero.*) Dentro de dos ó tres horas estará todo aquí. Señora, (*Se inclina.*) tengo el honor.

CLARA (*Que ve en este momento que Casilda abre la puerta de su habitación.*)—Sí, sí, doctor. (*Entra rápidamente en su estancia.*)

RUBINAT (*Mirándola con asombro.*)—¿Qué gente más rara la de esta casa! Estará ésta también loca. (*Se encoge de hombros.*) Vamos á preparar. (*Se detiene al ver á Casilda que se dirige hacia él mirando con inquietud á todos lados.*)

ESCENA DÉCIMACUARTA

CASILDA—RUBINAT

CASILDA (*Con ansiedad.*)—Doctor, ¿qué me dice usted? ¿es realmente grave la enfermedad? ¿tendrá cura? ¿será necesario un tratamiento enérgico?

RUBINAT (*Con solemnidad.*)—Grave, grave; pero he sido llamado á tiempo. si no estuviera yo aquí podría suceder algo desagradable. afortunadamente. he visto muchos casos en París, donde estudié en manicomios. Charenton.

CASILDA (*Serenándose.*)—¿Y le parece á

usted que podrá curar fácilmente? ¿El matrimonio puede serle perjudicial?

RUBINAT—¿El matrimonio? Es un medio. (*Medita*) veremos. locura amorosa. hay que tener cuidado. (*Saludando.*) Volveré por la tarde; tengo que ver un enfermo fuera de Madrid, pero antes mandaré remedios.

CASILDA—Pero, doctor.

RUBINAT (*Volviendo á saludar.*)—Todo arreglado. farmacia de mi primo. remedios excelentes. descuiden ustedes. (*Sale después de inclinarse ceremoniosamente.*)

ENRIQUE KUBLY.

[Concluirá]

SIDÉREA

Á Victor Pérez Petit.

Todo canta; el ambiente se perfuma,
Y cruza sideral, mágica, bella,
La visión de los sueños, la doncella
Tan blanca como el mármol y la espuma.

La sombra de la tarde, en que se esfuma
La tierra toda, huye ante su huella,
Que parece, gentil, brillante estrella
Que surge esplendorosa de la bruma.

Es astro y lira. Brotan á su paso
Dulces ritmos y extrañas claridades;
El rumor suave del erujiente raso.

Subyuga cual la música de Orfeo,
Y del alma en el negro Tiberiades
Se agita el blanco cisne del desseo.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires.

ESTUDIOS LITERARIOS

FRANCISCO COPPÉE

No voy á hacer, ni debo, la biografía detallada de Francisco Eduardo Coppée; tan sólo he de concretarme á dar al lector aquellos datos que sean poco menos que imprescindibles para bosquejar el medio en que se desarrollaron las facultades del poeta.

Descendiente de una familia flamenca, Francisco Coppée nació en París en 1842. Sus primeros años transcurrieron en medio de la mayor pobreza, sobre todo á la muerte de su padre, cuando hubo de vivir manteniendo á su madre y á dos hermanas. Debido á su delicada salud—pues era de naturaleza débil y enfermiza—tuvo que abandonar muy pronto el colegio. Algún tiempo después, la fortuna adversa pareció que abandonaba aquel pobre hogar, donde por tan largo tiempo se había cebado, y el futuro autor de *Les Humbles* obtuvo un empleo en el Ministerio de la Guerra, donde permaneció por diez años; ¡cuántas penurias y cuántas tristezas en aquella pobre casita

de la calle Oudinot en el faubourg Saint-Germain! Allí el oscuro empleado traía todos los meses á su madre anciana un puñado de monedas para el pan de cada día, miserable sueldo ganado con innúmeros esfuerzos por aquel pálido joven de veinte años, y que llenaba de dulce consuelo á la modesta familia. Allí, en aquella misma casita, perdida entre escuelas y conventos, casi desierta, es donde aún vive el poeta, en compañía de su hermana Ana, —pues no ha querido abandonar el nido donde su viejecita madre pasó las últimas horas de su vida, entre los frescos rosales del jardín. Y allí fué donde, por las noches, cuando debía descansar de las fatigas de su empleo, Coppée trabajaba durante horas enteras, ensayándose en la poesía que era su única diversión y su encanto único.

Recién en 1864 conoció á Catulo Mèndes, el jefe y protector de los parnasianos; y de esta amistad nació su admiración por Leconte de Lisle, á quien, más tarde, en 1867, dedicó su primera colección de versos, el *Relicario*.

Imbuído en las máximas de todos aquellos jóvenes impasibles, enemigos declarados del sentimiento, el joven poeta torció sus naturales inclinaciones, llegando á declarar en la primera composición del libro, que despreciaba «el vulgar dolor que arroja superfluos gritos». Sus versos de entonces son fríos, duros, perfectos, casi áticos, tales como los exigían los parnasianos y así como los hubiera escrito el mismo Leconte de Lisle. Léase, para notar acabadamente mi afirmación, *Bouquetière*—que es un modelo, un *chef-d'œuvre* del arte parnasiano, y uno de los mejores, sino el mejor, de los trabajos del *Relicario*.

Pero, —siempre en todas las obras humanas que no armonizan con el sello personal de su autor, existe algún *pero* de suma transcendencia,—en este primer volumen de versos de Coppée, un espíritu perspicaz y sutil puede ver que el poeta sentimental, que esa y no otra es la naturaleza del colaborador de *Le Parnasse*, no ha sido vencido por la influencia del medio en que también vivían aquellos jóvenes impasibles. Por más que él jure y proteste contra el dolor que estalla en lágrimas y sollozos, tal cual rezaban los cánones parnasianos, siempre se descubre en sus versos un corazón humano, un corazón que no es el de un impasible. Leed *Une sainte*, la historia de la vieja solterona que se dedica á su hermanito enfermo y veréis cómo el espíritu de poeta sentimental que hay en Coppée—ese poeta que tuvo por escuela el cariño de una madre anciana y las miserias de su frío hogar,—no ha sido vencido ni ahogado por las influencias doctrinarias del cenáculo de Catulo Mèndes.

En Francisco Coppée ha podido más la naturaleza individual que el medio exterior, y de ahí ese vago sentimentalismo,—velado, es cierto, en el *Relicario*, pero sentimentalismo al fin,—que alborea bajo la forma de sollozos entrecortados, de hondos suspiros, de lágrimas que no concluyen de brotar á los ojos, de balbuceos de pasión ante la sensual imagen del eterno femenino; pero como ese mismo ambiente en que cre-

ció el poeta, ha dejado, como es lógico é imprescindible que sucediera, un sello de indiferentismo en su alma, de ahí el que veamos también en sus posteriores versos algo así como un altivo desprecio por los dolores y sufrimientos de aquellos seres que no son humildes y débiles.

Sí;—Coppée es hoy un poeta anti-parnasiano para con los desheredados de la fortuna, para con los que no tienen techo, para los que sienten hambre, para los que mueren de frío; y, por el contrario, es todo un impasible, casi un justiciero severísimo, para las gentes del gran mundo. No tenéis más que leer *La Nourrice*, ese poemita encantador de *Les Humbles*. Observad el cariño con que analiza el dolor de esa pobre campesina que, al volver á su hogar, encuentra muerto á su hijo:

Elle tomba. C'était la fin du sacrifice....

y comparad toda la inmensa ternura que palpita en este solo verso con el altivo desdén, con la impasibilidad acabadamente parnasiana, que refleja estos otros dos, al describir á la madre aristocrática que, al regreso de un baile, encuentra, como la humilde campesina, muerto á su hijo:

Et confuse, ayant peur de paraître trop froido
Fit, pour pleurer beaucoup, des efforts inouïs.

Cuando Coppée publicó el *Relicario* tenía veinte y cinco años. El libro gustó un tanto al público, pero se confundió con la pléyade inmensa de aquellos otros que escribían sus condiscipulos. Seguía siendo el colaborador de *Le Parnasse*, y eso era todo.

Un año después, Francisco Coppée da á la publicidad una nueva colección de poesías, las *Intimidades*. Este libro fué una revelación. El público escuchó ansioso aquellos acentos extraños á la escuela entonces reinante y sintió que el calor de las lágrimas enrojecía sus ojos. Los parnasistas, por su parte, experimentaron un escalofrío y entrevieron un Judas en aquel poeta salido de su seno, que casi se revelaba en sus versos un desesperado del amor, un sér sensitivo y sangrante, una alma voluptuosa, llena de fiebres y baluceos de amor.

Leed el principio de las *Intimidades*:

Afin de mieux louer vos charmes endormeurs,
Souvenirs que j'adore, hélas! et dont je meurs,
J'évoquerai, dans une ineffable ballade,
Aux pieds du grand fauteuil d'une reine malade,
Un pago de douze ans aux traits déjà pâlís
Qui, dans les coussins bleus brodés de fleurs de lis,
Souspirera des airs sur une mandoline,
Pour voir, pâle parmi la pâle mousseline,
La reine soulever son beau front douloureux,
Et surtout pour sentir, trop précoce amoureux,
Dans ses lourds cheveux blonds où le hasard la laisse,
Une févresse main jouer avec mollesse.

Leed, repito estos versos, y los que continúan, y decidme si en todos ellos no flota un suavísimo perfume de pasión, un grito de queja por no haber gustado antes las delicias del amor correspondido, un tierno deseo de caer de rodillas á los pies de la mujer amada y respirar su aliento, desmayar bajo el sol de sus miradas, el pecho estremecido, los ojos preñados de lágrimas, los labios temblorosos, ensayando un credo de amor.

¡Pobre impasibilidad parnasiana! No es

ella, no, la que inspira ese canto, sino ese sentimentalismo idealista, por poco rayano en teurgía, que es el numen de los tan conocidos versos de Alfredo de Musset:

Je pense à toi, quand le soleil se lève,
J'y pense encore lorsqu'il finit son cours,
Pendant la nuit si quel que fois je rêve
C'est encore toi que je chéris toujours.

Pero los parnasistas se rebelaban á creer en una semejante traición por parte de aquel que era precisamente el más joven y más ardiente de sus maestros. El poeta que había escrito sonetos por el estilo de los de Leconte de Lisle, duros, brillantes, fríos, esculturales como los exámetros de los poetas latinos, ó flexibles con la dulzura de los sáficos y adónicos, ó armoniosos con la armonía de un Stacio,—no podía ser romántico ni volver á la imitación de los antiguos maestros, como Musset, y, mucho menos aún, trazar el derrotero de una nueva escuela.

Sin embargo, después del triunfo colosal de *Le Passant* en 1869, ya no hubo lugar á duda, y la ruptura con el cenáculo parnasista fué patente y manifiesta. El público no pudo menos que volver la cabeza ante aquellos acentos viriles. Una onda inmensa de plager sacudió todos los corazones. En los círculos artísticos se recitaban trozos de un poema, cuyo autor era desconocido hasta entonces. Una pieza en un acto, una joyita literaria, que Coppée había escrito para la tragediante Agar en la noche de su beneficio, y en la cual también tomaba parte una actriz desconocida aún, delgada, exótica, misteriosa, fué la que vino á revelar al mundo que dos nuevos astros lucían sobre el horizonte de las letras con nítidos resplandores: el estilo, los pensamientos, la frase, el ritmo, el drama, la pasión, todo, todo ello en *Le Passant* es fresco, delicado, virgen, con reflejos de diamante y perfumes de juventud, y todo eso hacía célebre en un instante á Francisco Coppée; la voz, el acento, el gesto, la inspiración asimiladora, el amor y los celos de la mujer por el poeta que interpretaba, hicieron á su vez conocer aquel otro genio del arte, y Zanetto, el paje, era aclamado por un público delirante. Y el 15 de enero de 1869, al día siguiente del grandioso triunfo en el teatro del Odeón, Francisco Coppée y Sarah Bernhardt eran las dos estrellas que todo París admiraba con entusiasmo.

Con *Le Passant*, el impasible ha muerto. El poeta que el público aplaudió frenéticamente y que la crítica aclamó sin reservas, y que el mismo Emperador quiso recibir á su presencia para felicitarle personalmente por su éxito, era el poeta humano, era el poeta pasional, el poeta del sentimiento y de ardiente inspiración.

Desde entonces el creador de Zanetto, el lindo paje, y de Sylvia, la espléndida cortesana, (los dos personajes del diálogo amoroso que me ocupa), siguió por la nueva senda emprendida, y desde entonces también comenzó á ponerse de manifiesto su genio. Arrojó á un lado, por completo, á los parnasistas con la publicación de sus *Poèmes modernes* y después de algunas tentativas dramáticas sin mucho éxito—aunque *Le luthier de Crémone*, pequeña comedia en

un acto que data de 1876, obtuvo unánimes aplausos—se lanzó de lleno por el camino del triunfo publicando *Les Humbles*, *Le cahier rouge*, *Olivier*, *Les Mois*, *Les Recits et les Elégies*, *Contes en vers*, *Arrière-saison*, *Une mauvaise Soirée*, *Les paroles sincères* y muchísimos otros poemas y colecciones de versos. Para el teatro ha escrito muchas piezas, entre las que citaremos, además de las dos ya mencionadas ut-supra, á *Deux acteurs*, *L'Abandonnée*, *Le Trésor*, *Le Pater*, *Le rendez-vous*, *La Korrigan*, *Les Jacobites* y *Madame de Maintenon*,—estas dos últimas obras en cinco actos cada una. En prosa ha escrito tres volúmenes de cuentos, y además: *Une Idylle pendant le siège*, *Henriette* (que es una verdadera joya) y *Toute une jeunesse*.

¿Cuál es el carácter distintivo de toda esta obra; qué es la poesía de Coppée entre la de sus contemporáneos, y qué influencia ejercerá su tendencia artística en la lírica francesa? Estas y algunas otras cuestiones secundarias que nos salgan al paso, vamos á tratar de resolver ahora.

VICTOR PÉREZ PETIT.

[Continuará.]

DEL LIBRO DE ALICIA

Alicia es una mujer ingenua, de corazón joven y lleno de candideces, aunque han pasado ya más de cuarenta años sobre su hermosa cabeza de mujer pensadora. Es una amiga fiel y generosa, amable y seria á la vez. Yo la quiero mucho y la venero más, porque fué una esposa amatísima y es una madre llena de virtudes.

En el recogimiento de su vida ejemplar, sus horas más dulces son aquellas en que confía al papel sus impresiones. Del libro de sus recuerdos me ha permitido copiar estas páginas que se titulan:

MI ANILLITO DE PERLAS

Tendría yo nueve años, cuando mi familia fué á pasar una temporada de campo en la estancia de mis abuelos, distante tres leguas de la alegre y pintoresca villa de San Carlos. La casa se levantaba coronando una cuchilla. Larga, blanca, rodeada de ombúes, todos los viajeros que la divisaban de lejos exclamaban: «Allá, donde parece que hay mucha ropa tendida, está la estancia de los Señores»; pasaremos en ella la noche, pues siempre se encuentra mesa abundante, cama blanda y limpia, y desde los amos hasta los criados son generosos y buenos. Y así era efectivamente; todos salían de allí agradecidos y contentos; si eran pobres, llevaban para el camino carne fresca y pan sabroso; si eran ricos les obsequiaban con bizcochos, flores y frutas; que de todo había en abundancia en aquella mansión noble y hospitalaria.

Allí, pues, nos prometíamos pasar una temporada deliciosa. ¡Cómo es límpido y bruñido el cristal de mis recuerdos! Mi memoria, como una paloma viajera, recorre el

tiempo y el espacio y va á posarse sobre la copa de un ceibo en flor, que junto á otro ceibo se alzaba gallardo frente á la ventana del aposento de mi abuela. Quédate ahí, palomita blanca, y me verás vivir la vida dulce y blanda de los campos, con el color de las rosas en las mejillas y la alegría de la salud y de la inocencia en el corazón.

¿Sientes?... Todo es labor y movimiento en la casa-grande, llena de la luz del día y de la bondad de sus moradores. El orden y la limpieza la hacían agradable y cómoda.

Yo me asociaba siempre á los trabajos de las negras criadas que habían permanecido fieles á sus amos, aunque éstos, ricos y generosos, las habían libertado hacía mucho tiempo del duro yugo de la esclavitud. Pero ellas ¿dónde irían que las tratasen con la suavidad á que estaban acostumbradas? Se quedaron allí, donde el buen ejemplo, el trabajo moderado y los alimentos sanos mantenían su cuerpo y su espíritu fuertes y contentos. Á mi madre le costaba detenerme en las habitaciones, pues yo era curiosa y andariega como una ardilla; pero mi abuela me animaba siempre diciendo que era así cómo la niña se hacía mujer hacendosa y de gobierno.

Las impresiones recibidas en la infancia, parece que hirieran nuestra conciencia de un modo más fuerte y directo, pues no se borran fácilmente como las que recibimos después. ¿Será que los acontecimientos se atropellan en la vida del hombre á medida que va avanzando en el camino; ó que la sensibilidad se gasta y no se graban en sus células delicadas las impresiones de nuestros dolores ó de nuestros goces con el mismo buril del sentimiento que ahonda y fija el recuerdo? Es así cómo reproducimos fielmente en la linterna mágica del cerebro, las primeras etapas de la vida con sus escenas conmovedoras ó risueñas. Hunde un instante, paloma mía, la cabecita blanca en el cáliz de las seibas rojas y recoge el recuerdo de uno de aquellos días de mi infancia, en que el Sol se asomaba por todas las puertas y ventanas como una mujer curiosa. Las calandrias cantaban en la enramada, picando los trozos de una recién carneada, revestidos de grasa, que colgaban de las varas. Las vacas mugían al sentir la lengua fresca de los becerras acariciarles la ubre casi escurrida, pues las habían ordeñado ya.

De los hinojos pendían las gotas de rocío que brillaban temblando al beso de la brisa suave y perfumada con el aroma de las margaritas silvestres. Las gallinas buscaban entre las yerbas gusanos y piedrecitas, y los patos con sus cuá-cuá-cuá, corrían «haciendo gambetas» á echarse al charco, donde en los días de fiesta hacía yo navegar mis muñecas en un bote embanderado, regalo de mi abuelo materno.

¡Qué lindas eran mis muñecas! Tenía algunas que eran un modelo de elegancia. No sé cuántos desperfectos en los trajes de mi madre y de mis tías habré hecho por causa de ellas, pues muchas veces las encontraban adornadas con las blondas de sus vestidos, las cintas de sus pamelas y los flecos de sus capelinas.

¡Qué lindas eran mis muñecas! Cierro los

ojos y las veo, las llamo por sus nombres, las visto con sus más lindos vestidos y las desvisto para lavar sus ropas blancas, que eran un primor de encajes. En aquella mañana, María Andrea, la más vieja de las criadas, se preparaba para ir al arroyo con dos mulatas nietas suyas, á lavar la ropa de la familia.

—Llévame contigo, María Andrea, que yo quiero lavar las ropas de mis muñecas, le decía á la buena negra, prometiéndome un gran día pasado á la orilla del arroyo, corriendo á los aperiajes, lavando y buscando nidos de «carrasquitas» entre las piedras.

—Si la amita la deja venir, yo la llevo niña; pero no la van á dejar, porque el Sol va á picar mucho.

—Le haremos una sombrita; sí, que venga, decían las mulatillas, y una india jovencita y huérfana que se había criado en la casa: —Abuelita la cuida; pídale permiso á la amita. Tanto pedimos que conseguí el permiso, pero con mil recomendaciones. Al fin salí. Me parece verme á caballo con la negra, en un moro más viejo que ella, llevando colgadas de un lado y otro del caballo dos grandes bolsas de ropa. En un tordillo iban las mulatas y la india con las provisiones para el día, pues no volveríamos á casa, hasta obscurecer.

¡Cuántos cantares alegres entoné por el camino! ¡Cuántas idas y venidas por la costa del arroyo! ¡Cuántos ramitos de «flores de aromas» hice para el San Antonio de la urina, y con qué afán lavaba las ropas y las tendía al Sol, haciendo lo que hacían las lavanderas. Pero antes de empezar la faena, me pareció mejor sacarme un anillito de oro con tres perlititas finas que usaba en el dedo mayor de mi mano derecha, pues, decía yo, ¿no te parece María Andrea, que se me puede perder una perla ó escurrírseme del dedo con el jabón? Y me lo saqué y lo puse sobre una piedra alta y lisa que estaba separada un tanto de nosotras, y trabajé contenta y remangada, y me descalcé y corrí por entre el agua. ¡Qué bien cumplíamos todas las recomendaciones! ¡Si de casa me hubieran visto! Me vestí un zagalejo colorado de una de las mulatillas; me pusieron un sombrero de paja, de alas anchas, que habían llevado para preservarme del Sol, y me até á la espalda un pañuelo de cuadros que, cruzado sobre el pecho, usaban mis compañeras, y me encontraba tan con aires de mujer trabajadora, que todas se reían y me daban pan moreno, queso fresco y manzanas. Para el medio día prepararon la comida, que nos pareció deliciosa, y todas nos acostamos á la sombra de unos talas, mientras la ropa se asoleaba.

Yo me dormí soñando con aquella hermosa libertad que me dejaba chapalear á mi gusto entre el agua, correr en pos de las mariposas y arrojar piedras á los pájaros, sin oír las sanas advertencias de mis mayores: «No te mojes, que te va á hacer mal; no tires piedras á los pájaros, que son avencitas de Dios; no te rasgues los vestidos, ni enredes los cabellos entre las ramas de los árboles.» Oh! bendito sueño de libertad, qué poco duraste!

Me desperté y fui á rociar mi ropa, lle-

vando agua en un vaso hecho de una asta de vaca.

Enjuagué mi ropita y la tendí sobre un arbutto que, mirado de lejos, parecía se hubiese detenido en él una bandada de palomas blancas. Después de haber hecho la merienda y cuando la ropa estuvo seca, la recogimos, poniéndonos en camino para las casas.

Yo estaba ya á caballo, cuando me acuerdo que dejaba mi anillo; me bajo, corro á la piedra, y no lo encuentro. ¡Dios mío! mi anillito, ¿dónde estará? todas nos pusimos á buscar; movimos piedras, revolvimos las arenas del arroyo en el paraje donde habíamos lavado; buscamos por todas partes: nada, mi anillo no aparecía. He ahí mis alegrías del día trocadas en amargas lágrimas. —No se aflija, mi niña, decía la pobre negra más afligida que yo, pues me quería como á sus nietas y sentía mi pena, porque sabía la estimación que tenían todos los de casa por aquella alhaja, que era como un depósito sagrado en la familia. He aquí su tradición sencilla.

Pascaba una tarde en Lisboa, la bisabuela de mi madre con su pequeña hija, que cumplía justamente siete años en aquel día. La sorprendió el movimiento de mucha gente que corría en la dirección de unas excavaciones que se estaban practicando para levantar un edificio público.

La curiosidad impulsa inconscientemente á hombres y mujeres al lugar donde se produce una catástrofe.

Así fué cómo madre é hija, fueron en vueltas en aquella ola humana, que tomaba proporciones gigantescas, pues el derrumbe de un gran montón de escombros sobre cuatro hombres sanos, robustos y jóvenes, había arrancado gritos de dolor y de espanto á sus compañeros de trabajo y á una porción de curiosos que nunca faltan en las fabricaciones de importancia. Los cuatro infelices fueron extraídos penosamente de entre las ruinas; tres estaban muertos y uno moribundo. Las familias desoladas llegaron al lugar del suceso; pero la consternación fué general y más honda, al ver á la esposa de uno de aquellos desgraciados, arrastrándose jadeante con dos niños de la mano y otro en brazos; al llegar junto á las excavaciones cayó de rodillas, y, levantando al cielo su pequeño niño, imploraba protección y amparo con lamentos que desgarraban el corazón.

Cuando se restableció un tanto el orden, se trató de socorrer á aquellos infelices que quedaban en la miseria.

Un joven marino recogía en su gorra gacioneada el óbolo de la caridad. Al llegar á mi noble progenitora, ésta sacó de su escarcela, una moneda de oro y la ofreció al marino; su pequeña hija, impulsada por un arranque generoso, se sacó un anillo con un diamantito, y lo puso con gentileza en la mano del joven diciéndole: Esto para el huerfanito. Aquella acción conmovió á los circunstantes, pues saliendo de entre ellos una hermosa dama se acercó á la niña preguntándola:—¿Cómo te llamas?—Violante de Soto, señora, contestó la niña con graciosa sourisa, indicando á su madre, que miraba con curiosidad á la dama. Ésta al verla, la

reconoce exclamando: Violante! ¿eres tú la querida compañera de mi infancia, la que en el colegio me protegías de las mayores que me quitaban los dulces y las frutas que me enviaban mis padres, y compartías conmigo los regalos que te mandaban los tuyos? — Sí, yo soy, y qué feliz me siento al encontrarte. Hacía veinte años que las dos amigas se habían separado, conservándose siempre el sauto cariño que crece al calor de los primeros años, puro y candoroso como un hábito del cielo.—Quiero visitarte esta noche con mi hijo, Violante; espérame.

Llegó la noche, un criado anunció: «La señora del comandante Cabral.» Las dos amigas se abrazaron con ternura.

—Aquí tienes a mi hijo, cumple ya dieciocho años y sigue la carrera de su padre.—Ah! es el joven marino que levantaba hoy la colecta.—El mismo, que trae para tu linda Violante, un anillito de perlas en premio de su generosa acción. Mañana parte en un viaje de instrucción, y no sé cuando volverá.

La velada pasó en dulces confidencias para las dos amigas, mientras al lindo joven le encantaba la charla ingenua y graciosa de la niña.

Pasaron once años, y en un día, aniversario de aquel en que las dos amigas se habían encontrado, el marino Cabral se unía en matrimonio con la hermosa Violante. Ésta conservaba su anillo de perlas, que andando el tiempo colocó un día en la mano de su hija mayor, diciéndole: Hoy cumplies siete años, hija mía; conserva este anillo que me regaló tu padre en un día memorable. Dios quiera sea un talismán de felicidad para tí, y que a tu vez puedas colocarlo en otras manos tan generosas y lindas como las tuyas.

Así fué pasando aquella alhaja querida, hasta que llegó a mis manos.

Subimos a caballo, y ellas silenciosas y yo llorando llegamos a las casas, donde todos esperaban ver llegar a la nueva lavandera llena de gozo con la ropa de sus muñecas, blanca como un ampo de nieve.

—¿Qué tienes? qué te pasa? me preguntaban todas, interrogando también a mis compañeras.—Nada, nada de malo, sólo que he perdido el anillito de perlas.

¡El anillito de perlas! El anillito de perlas! exclamaron a un tiempo mi madre y mi abuela.—Sí, mi anillito de perlas, decía yo abrazada a las rodillas de mi abuela.—Pues esta pobre niña no se casará nunca, cuando sea moza, dijo aquella, porque aquel anillo guardaba un talismán que la haría encontrar un marido joven y hermoso que la amase mucho. Bueno, hija mía, vete a dormir, que el hada de los sueños te volverá tal vez tu anillo. Yo me dormí sobre mis lágrimas, sintiendo sonar en mis oídos las palabras de mi abuela.

Cuando la juventud con sus encantos me abrió las puertas del mundo social, mi alma se puso triste. Al caer la tarde, cuando la naturaleza desmaya lánguida, recogiendo sus perfumes para derramarlos en el seno de la noche, yo recogía mi espíritu, y a la hora de las sombras y el misterio derramaba lágrimas en el seno de la duda. ¿Sería feliz?... Sentía esa vaguedad misteriosa de

lo desconocido, que se presente y se teme. Me torné luraña y desdénaba hablar aun con aquellos que eran preferidos de las más hermosas.

Si no había de encontrar a mi soñado prometido ¿a qué engañar ni engañarme? Una tarde mi abuela me habló de este modo:

—Hija mía, las ocasiones de hallar un buen marido no se presentan muchas veces, y tú, desdénando a N, tal vez no encuentres otro que se halle como él en condiciones de hacer tu felicidad.

—Pero ¿no dijo V. el día que perdí mi anillito de perlas, que encerraba un talismán, que yo no me casaría nunca? le dije con timidez.— Ah! inocente criatura ¿y pudiste creerlo? y lo creíste?... —¿Cómo no, si V. lo decía con aires de verdad.—Tienes razón, hija mía; pero fué porque todas mirá-bamos aquel anillo como un imán que atraía la felicidad a nuestro hogar, y porque sospechaba que la india Gabriela, en quien había notado tendencias al hurto, lo hubiese robado, y pensé, que ella no quisiese privar a su señorita del marido prometido; pues en su edad ya sabía lo que eran novios. Y ahora verás que no me equivoqué, y presentándome una carta que acababa de recibir, me agregó: lee.

Cuál fué mi asombro y mi contento a la vez. Gabriela moribunda confesaba en aquella carta que me había robado la alhaja; pedía perdón por su falta y decía que en el escapulario que llevaba al cuello hallarían el anillo. Agregaba, que, después de haber oído que encerraba el secreto de encontrar un marido joven y hermoso, le pareció que debía utilizar para ella la extraña virtud, pero que Dios la había castigado, porque moría sin haber sentido pronunciar a sus oídos una sola palabra de cariño. El sacerdote que la acompañaba en sus últimos instantes fué el que escribió la carta a su ruego y en una postdata añadía, que la infeliz derramaba muchas lágrimas, cuando recordaba que la niña estaba triste, y que siempre hablaba con ella de su anillo perdido.

Pedí a mi familia permiso para trasladarme al puesto donde Gabriela moribunda lloraba su falta, y conseguido, corrí anhelante para encontrarla con vida.

—Aquí está, me dijo al verme, llevando con dificultad la mano a su pecho, y espiró.

Lloré sobre aquella desgraciada que me devolvía la alegría y la esperanza más hermosa que había creído perdidas para siempre.

Torné con el color de las rosas en mis mejillas.

Ya había encontrado el secreto de mi felicidad, porque volvía llevando, aunque en mi dedo meñique, mi anillito de perlas.

DORILA CASTELL DE ORZCO.



LA MÚSICA

Bella es la música, ave del cielo,
Gasa de notas, radioso velo
Con que se envuelve la seducción;
Onda de encantos; bosque florido
Doble el ensueño teje su nido;
Trueno, blasfemia, trino, oración.

Sueños co'estes que ve un poeta
Y que con hilos de luz sujeta;
Himno dictado por negro afán;
La Marsellesa buscando cumbres,
Entre Bastillas y muchedumbres,
Como la llama que alza un volcán!

Voz de clarines en la batalla;
Tambor que grita: «ruge, metralla.»
Cuando a las luchas entra el cañón;
Dianas que gimen en cada nota,
Cuando en el último cuadro en derrota
Cae rasgado nuestro pendón.

Rumor de besos; brisas de aurora;
Nube de llanto que se colora
A los reflejos de un astro ideal;
Sacerdotisa de un templo aéreo;
Mezclados trozos de himno sidéreo;
Quejas de un ángel paradisíal.

Lengua del genio; cético idioma;
Voz de jilguero; voz de paloma;
Duelo infinito; dulce pasión;
Brillante escala que centellea
Cuando por ella sube una idea;
Gota de lumbre, de inspiración!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LABOR OMNIA VINCIT

(Conclusión)

Es un hecho notorio que la actual generación está compuesta en su casi totalidad de elementos más inteligentes que trabajadores.

Se ha dicho desde antaño por observadores que no han sido superficiales, que la inteligencia de estas regiones es exuberante, que desborda en luces y rebosa de colores, agregándose que su carácter particular es ser prematura en su misma espontaneidad.

Pues bien: esa observación se confirma y robustece diariamente en nuestro país.

Hay en el Uruguay plétora de brillantes inteligencias, a expensas de una ausencia de método en el trabajo: se produce demasiado en literatura y con una negligencia abrumadora, y se desdénan, no obstante, los trabajos de largo aliento y las obras científicas.

La intelectualidad —por robusta que de suyo sea— tiene que perder mucho con este exclusivismo.

Una prueba—que no tiene levante—de la anterior afirmación, la encontramos en el desarrollo desmedido de la prensa política. El periodista brota en nuestro suelo como una planta parasitaria, y es exclusivamente político ó exclusivamente literario. Consume, pues, su inteligencia en un solo

orden de actividad mental. Por brillante que sea, así gastada en temprana edad y con pasmosa rapidez, es como una belleza que se aja, y merece bien pronto el deshonra del desdén, después de haber sido llevada en andas triunfales.

La política—esa política demagógica de nuestras democracias—consume la inteligencia de los veinticinco a treinta años; la vana literatura, en otro concepto, la esteriliza.

Esto explica por qué tienen tan corta duración ciertas reputaciones literarias en nuestro país, reputaciones que no son verdaderas y que sólo son aparentes, porque les falta la consistencia que da un trabajo esencialmente científico.

No son vanas estas observaciones: dominan con sólo echar una ojeada sobre el movimiento literario entre nosotros.

La falta de estudio, primero, y el abandono completo que se hace del método, después, explican perfectamente aquellas informaciones de nuestra sociología literaria.

Quizás—sondeando más aún y no mirando superficialmente esta cuestión—encontremos el origen de este mal en el fenómeno de la *educación universitaria* a que ya hacía referencia nuestro gran educacionista José Pedro Varela en su «Legislación Escolar», cuando estudiaba nuestro pasado político y atribuía gran parte de nuestros errores a aquella educación.

Es muy probable que el exceso de la *educación universitaria* sea una de las causas concomitantes de esa literatura desordenada, de que informan centenares de periódicos que ven la luz en nuestro territorio.

Pero, es para mí razón muy fuerte que lo más graneado intelectualmente de la sociedad, adoradora de falsas galas, es la causa preponderante del hábito adquirido de dibujar filigranas, atendiendo únicamente a las formas retóricas y sacrificando el fondo y la idea al estilo, en vez de emprender un trabajo concienzudo y dirigir sus vistas a horizontes morales é intelectuales que están aún por explorarse.

Cuando digo, pues, desenvolvimiento literario excesivo, tengo para mí que es expresión sinónima de retoricismo, tan impotente en escribir como en idear.

Con arreglo a este criterio, no se puede deducir que se desconfie ó se reniegue de la inteligencia nacional. No: debe tenerse en ella mucha fe, puesto que ha dado algunas obras de gran aliento en materia científica, como las de Derecho Constitucional, del doctor Ximénez de Aréchaga; de Derecho Internacional Privado, del doctor González Ramírez; de Apuntes de Derecho Administrativo, de los doctores Carlos M.^a de Pena y Luis Varela; y la de la Historia de la dominación española en el Uruguay, de Francisco Bauzá; obras no conocidas suficientemente en el extranjero, ni bien vulgarizadas en su propio país.

Y no puede renegarse de aquella inteligencia, como no puede renegarse de la inteligencia americana.

La inteligencia nacional, en efecto, no es una mera idiosincracia regional, sino parte integrante de la inteligencia americana.

na, la cual es toda una potencia y todo un organismo propio. Y aunque esta afirmación corra el riesgo de ser tachada de preconcepto, la verdad es que no podrá ser desmentida, sino por los espíritus superficiales que desconocen la historia y la sociología de la literatura sud americana.

La razón es obvia, y en esta historia es donde hallamos la exacta confirmación de nuestro aserto.

Estúdiese sino—por vía de ejemplo—la inteligencia de Domingo Faustino Sarmiento y hágase la anatomía de sus obras, y se verá cómo se llega a conclusiones propias del medio continental en que se actúa.

La inteligencia de Sarmiento—expresión genuina del territorio y de la configuración moral americana—fué en sentir de los ilustrados, uno de esos productos de la naturaleza, llenos de lucidez, que trastornan revolucionariamente toda la intelectualidad de una comarca; una escala para llegar al conocimiento de fenómenos sociológicos desconocidos; la modalidad de un espíritu nuevo y fuerte, en quien la originalidad de sus ideas se equiparaba con la energía de sus procedimientos, eminentemente experimentales.

Su portentoso estudio sobre *Facundo Quiroga* y sus estudios territoriales sobre *Conflictos y armonías de las razas*, así lo revelan.

Estúdiese también la erudita inteligencia de Vicuña Mackenna, persiguiendo un ideal esencialmente americano en sus anales críticos é históricos.

Asciéndase en estudiosa escala hasta Andrés Bello; luego hasta Mariano Moreno en 1810, hasta San Martín, y Bolívar, todas sus premas inteligencias de Sud América.

Detengámonos en Juan Zorrilla de San Martín, el compatriota que ha *nacionalizado* en *Tabaré* la poesía americana.

Todos ellos han sido los frutos bien sazonados de la inteligencia propia de nuestro ambiente continental, en donde las claridades de civilizaciones encontradas, en medio a la fusión de todas sus virtudes y de todos sus defectos, se armonizan con un nuevo foco de inspiración, para crear obras artísticas que adquieren eternamente la solidez del bronce.

Hay que metodizar esa inteligencia; dirigirla rectamente, desbastando el trozo de mármol para formar la estatua.

La educación literaria de casi toda la actual generación se resiente de vicios que imposibilitan su ordenado y bien entendido progreso: me refiero, primero, a un defecto general y peculiar en España y Sud-América: el *afancesamiento*, y luego a una forma modernísima de literatura, un estado que se ha clasificado de patológico y degenerado: el *decadentismo*.

Ambas influencias llegan hasta nosotros con profusión y aun con entusiasmo.

La influencia del decadentismo, en general, la considero pernicioso. A mí me convencen perfectamente las razones de Pompeyo Gener, cuando estudia y combate las enfermedades de la literatura contemporánea, que no son pocas, y por desgracia están harto vulgarizadas.

Y, como Gener, creo que el artista tiene

el deber de ser optimista é idealista, y que la literatura que no contiene esa condición suprema del arte, es depresiva y debe condenarse.

Pero, si me disgusta la influencia de las malas escuelas literarias, me disgusta mucho más esa manía del afrancesamiento que contagia a tantos y tan buenos escritores.

Jamás me he podido conformar con que muchos de nuestros literatos discretos y brillantes, no hayan alcanzado a poseer el idioma castellano, familiarizándose con él en la lectura de los grandes clásicos españoles; y que en su lugar beban en la de los autores franceses, y allí se inspiren, ó los imiten, ó los traduzcan malamente.

Tengo una convicción radical sobre ese punto, y por nada del mundo entro en transacciones que desprestigian sin razón la riqueza de nuestro idioma.

Esos escritores aferrados al galicismo, como si no tuvieran rico venero en español, me recuerdan, como alguien ya lo ha dicho, el caso del perro de Juan Owen, que acariaba al adúltero y ladraba al amo de la casa.

Por estas razones he estimado la REVISTA que ustedes dirigen.

Ustedes no descuidan el idioma castellano. Se conoce que le aman en cuanto vale. En esto se apartan ustedes de su generación, que, aunque con mucho talento, escribe muy incorrectamente el español. Bien es cierto que no puedo olvidar a aquellos dos hermanos Martínez Vigil que, cuando cursaban bachillerato, eran ya considerados y respetados por los observadores, así como llamaban presente atención entre el elemento estudiantil por su persistente *encierno*, velando sobre los libros día y noche; ni tampoco a aquel eterno rebuscador de libros, Pérez Petit, que siempre estaba al corriente de las últimas sensaciones literarias, con su sagaz espíritu de observación y su asombrosa memoria.

Ese estilo castizo empleado en la mayoría de las producciones a que ustedes dan cabida en la REVISTA, y la independencia de criterio literario con que marchan, los hacen acreedores al aprecio y al aplauso de los estudiosos, que jamás pierden de vista la forma como una condición esencial.

Esas mismas condiciones han motivado esta plática, ya larga y fastidiosa, trayendo a colación reminiscencias gratísimas de estudiante.

Salto.

ATILO C. BRIGNOLE.

ODAS DE HORACIO

(TRADUCCIÓN)

CANTO SECULAR

Ævæ, silvarumque potens Diana.
(Lib. V, Od. 19.)

Coro del pueblo

¡Oh, dios del día, venerado Febo!
¡Y tú, Diana, de los bosques reina!
Ya que al mandato sibilino fieles

1888

En estos días de las fiestas sacras,
A las deidades de los siete montes
Virgenes puras y escogidos párvulos,
Gratos oídos.

Coro de mancebos

¡Sol que en tu carro de marfil conduces
La luz del día, siempre el mismo y nuevo,
Ciudad mayor que la ciudad romana
Nunca ilumines!

Coro de doncellas

Y tú, Licina, Genital ó Iltina,
Cualquiera el nombre que prefieras sea,
La madre acorre en el doliente parto,
Calma sus males,

Y con tus rayos numerosos, puros,
Firma la ley que á los dos sexos une,
Y haz que fecundo en descendencia larga
Sea ese lazo.

Los dos coros

Así otro siglo traerá de nuevo
Los mismos cantos y las danzas mismas
Que por tres días y tres noches duran
En estas fiestas.

También vosotras, confidentes fieles,
Parcas que al mundo reveláis el hado,
Sednos propicias! y agregad más dichas
A estas presentes:

Cubrid la tierra de gana-lo y frutos;
Corone á Ceres la dorada espiga,
Y acuerde Jove á nuestras crías, puras
Brisas y aguas.

Coro de mancebos

Sonrie, Apolo, á nuestros ruegos sacros;
Dios de las flechas sin cesar temibles
Ya desarmado y sonriente llega
Entre nosotros.

Coro de doncellas

Reina gloriosa de las noches calmas,
Cuya cerviz una guadaña adorna
De plata, escucha la oración que elevan
Hoy las doncellas.

Los dos coros

Si Roma hicisteis; si de Ilión los hijos
Por orden vuestra condujeron presto
A estas hermosas y queridas playas
Leyes y altares;

Si Eneas tuvo que salvar de Troya
Los pobladores de la Italia antigua
Y los condujo á sus destinos nuevos,
¡Dioses propicios!

Dad á sus hijos ejemplar conducta;
Dad al anciano una apacible muerte,
Y á Roma dad de su grandeza digna
Gloria y fortuna.

El hoy de Anquises y de Venus nieto
En vuestro altar un sacrificio ofrece,
Dad, pues, al César la pujante fuerza,
Dadle bondades.

Ya le obedecen tierra y mar vencidos;
El Medo á Roma conoció tan sólo
En la segur—que nos legó el Albano—
Hasta el Scita

Y el Indio mismo que hasta ayer soberbios
Eran, ahora dominados piden
La paz, y esperan que los mande altivo
Amo triunfante.

Pueblo romano! saludad contento
Que ya retornan con la gloria antigua
La fe, la paz y la abundancia que ora
Son ya pasadas.

Coro de mancebos

Vos, el amigo de las nueve musas,
Oh, Febo, augur, el de los rayos sacros,
El que al enfermo con su ciencia vuelve
Vida y vigores,

Baja tu vista al Palatino enhiesto,
Al Lacio mira y su poder acrece,
Que en las edades venideras tenga
Tiempos mejores.

Coro de doncellas

Vos que habitáis el Aventino angusto,
Oh, casta Diana, recoged propicia
Las oraciones de los quince intérpretes
Y quince niños.

Todo el coro

¡Gloria eterna! En este mismo instante
Nuestras plegarias del Saturnio Jove
Y de los dioses inmortales, sacros,
Besan las plantas.

Tornad á casa, el corazón contento,
Los que entonasteis el sagrado himno.
Porque confirmen estas altas dichas
Diana y Apolo.

VICTOR PÉREZ PETIT.

IMPREDITACIÓN

A Juan Francisco Piquet.

Acababa de fallecer su padre. De pronto,
la idea de que él también podría morir se
le hizo temblar de la cabeza á los pies. Y
la idea de la muerte lo asedió desde
aquel momento, persiguiéndolo á toda hora,
en todo instante, como un remordimiento
implacable que se hubiera posesionado de
su cerebro, recordándole algún acto crimi-
noso por él ejecutado.

¡Dios santo! ¡si él se muriera! Una angus-
tia indescriptible se reflejaba en su rostro
pálido, reconcentrándose su dolor en sus
ojos pardos que se entreabrían cansados
por el insomnio.

Y sin embargo se encontraba bien de sa-
lud. Su naturaleza poderosa jamás había si-
do abatida por ninguna enfermedad.

No obstante temía morir. ¿Cómo iba á cuidarse de ahí en adelante!
Llevaría una vida metódica, acostándose
temprano, evitando todo peligro, rechazando
cualquier diversión... Pero ¿quién po-
día prever el acaso? Era tan fácil morir!
Una explosión... una de esas epidemias
que tronchan tantas vidas... una bala per-
dida... Era terrible, desesperante el pen-
sarlo!

Desde el fallecimiento de su padre su vi-
da fué un eterno sobresalto, un martirio
constante que lo anonadaba, haciéndole

perder su voluntad, sus energías todas. A
medida que el tiempo avanzaba, iba sintien-
do flaquear más y más aquel su espíritu
fuerte que en otrora lo caracterizara, ele-
vándolo sobre el común de los mortales. Su
escepticismo era producto de su elevado
criterio y de los conocimientos prácticos asi-
milados en aquella sociedad en que vivía.

Nada. Le era de todo punto imposible
desechar su miedo de morir.

¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer? Era
aquello una vergüenza, una verdadera ini-
quidad, indigna de él.

Su temor había llegado al paroxismo.
Veíasele atravesar de una acera á otra
con el rostro conturbado por el temor, á
pasos rápidos, corriendo las más de las ve-
ces, si divisaba cerca de él algún vehículo.
Temía ser aplastado.

Luego, no era difícil el verlo hacer todo
género de contorsiones, encogerse, separar-
se de los transeúntes por temor de darles
algún empujón que pudiera originar reyer-
ta que degenerara en riña donde las armas
salieran á lucir.

El subir al tren era todo un problema.
Las más de las veces veíase caminando
desde la oficina donde estaba empleado
hasta su casa, porque su eterno miedo de
morirse hacíale prever algún choque ó al-
guna caída que pudiera serle fatal. Y eran
de verse, cuando subía al tren, las alternati-
vas de dolor y de pasajero placer que experi-
mentaba cuando parecía inminente el cho-
que con un carruaje.

Las grandes fiestas, cualquier aconteci-
miento de esos que reúnen mucha gente y
que antaño lo atraían con todo el poder de
un imán poderoso, ahora le aterrorizaban
por temor de ser estrujado, aplastado por
aquella avalancha humana. Y es así que se
veía privado de escuchar las notas triunfa-
les del himno patrio que le llegaban al alma,
enardeciendo su patriotismo, lo mismo
que de contemplar de cerca, de rozarlas, á
todas aquellas mujeres cuya presencia lo
enajenaba, engendrando en su mente fanta-
sista mil ensueños que no alcanzaba á des-
vanecer su escepticismo.

Ya no le habrían de ir de caza, ni de ir
á tirar al blanco, sus diversiones favoritas,
y en las cuales siempre había sobresalido.
Tales diversiones eran peligrosas.

¿Pero, por qué le era de todo punto
imposible desterrar aquel temor? ¿Por
qué?... Él no provenía de ese apego
instintivo á la vida, ni de la obscuridad del
más allá. Su razonamiento elevado, traspo-
niendo el criterio común, aceptaba una filo-
sofía más cuerda, más en consonancia con
la ciencia.

Su horror á la muerte era hijo de su
exquisita sensibilidad, de su noble corazón.

El fallecimiento de su padre provocó en
Pedro aquella crisis. Era el único que de-
biera representarlo. Habían quedado á su
cargos cinco hermanas, cinco seres queridos
exquisitamente educados en un medio apro-
piado, á quienes era necesario proporcionar
la subsistencia y las comodidades de-
bidas.

Y si él se muriera, ¿qué sería de las po-
brecitas huérfanas?

Por ellas deseaba vivir.

Si; era preciso que él trabajara, que se
multiplicase, á fin de que ellas tuvieran lo
necesario para sostener el rango que ocu-
paban en la sociedad. Y si él llegara á falle-
cer, ¿quién había de velar por los huérfanos
queridos? ¿Á cuántos sinsabores, á cuántas
humillaciones se verían sometidas!

El trabajo no lo aterraba. Viviendo, él
sabría soportar valerosamente aquel peso
que se echara sobre sus espaldas. El sueldo
que le daban en la oficina, pequeño para
sufragar los gastos de la familia, le hizo
buscar ocupación en una imprenta, á la que
consagraba las horas de la noche. No tuvo
que luchar mucho para conseguir esta se-
gunda ocupación. Sus brillantes trabajos
literarios, dados á la publicidad en los dis-
tintos diarios de la capital, fueron su más
valiosa recomendación. Desde aquel enton-
ces, los redactores no se vieron obligados á
acusar, como así lo tenían por costumbre,
un simple recibo á los libros y revistas que
les enviaban, ni tampoco á consagrar *cur-
sitas* crónicas á las compañías teatrales, de
esas crónicas donde la nómina de las mujeres
que se exhibieron durante la función llena
las tres cuartas partes del espacio, ni á de-
jar pasar inadvertida conscientemente al-
guna obra pictórica de verdadero mérito
artístico. No; desde entonces, actores
y autores recibieron el beneplácito ó el
correctivo á que se hicieron acreedores.

Habían pasado seis meses desde que
Pedro colaboraba en la prensa. Durante
ese lapso de tiempo, su horror á la muerte
se había acrecentado. Ahora le era fácil
palpar de cerca la horrible situación que
su muerte traería aparejada. ¡Aquellas ho-
ras que dedicara al trabajo durante el día y
la noche no eran suficientes para propor-
cionar á las huérfanas lo que humanamente
necesitaban! Y si él no era capaz, ellas...

Una inmensa tristeza velaba eternamen-
te su rostro.
Se había adelgazado visiblemente. Tanto
dolor y tanto trabajo iba destruyendo su
organismo poderoso. Veíase obligado á
acostarse todos los días á las tres de la ma-
ñana para luego levantarse á las nueve.
¡Y qué miedo, qué miedo horrible le
asaltaba durante el trayecto desde la im-
prenta hasta su casa! Temía que caminar
unas veinte cuádras para llegar á ésta.
¡Y era aquella la hora de los ebrios, de
los ladrones y de los asesinos... la hora
maldita del vicio, de las cobardes venganzas!

Llevaba constantemente en su mano un
bastón pesado, del que no habría hecho uso
sino en el caso extremo de que sus pier-
nas no lo ayudaran en el trance. Al princi-
pio pensó en llevar un revólver; mas la
idea de que en él se escondía la muerte
siempre en acecho, lo hizo desistir de su
idea. ¡Podría escapársele un tiro y herirse
á sí mismo!

Su miedo llegó á ser un algo normal en
su existencia. Quizás á no haber mediado la
circunstancia especial de asaltarle aquella
idea de muerte en el momento en que el
fallecimiento de su padre le produjera el
más intenso de los dolores, cuando no bas-

tara á contrarrestarlo ningún consuelo, no
se habría producido aquel desequilibrio que
mataba su voluntad. Pero es que la presen-
cia de aquel cadáver, unido á la visión de
un porvenir preñado de sinsabores para
aquellos huérfanos, lo había sugestionado,
preparando un estado de ánimo anormal,
donde su sensibilidad llegaba á la más alta
vibración. Por otra parte, su organismo es-
tá fatalmente constituido para recibir de
lento semejantes impresiones. Su excepti-
cismo era siempre vencido por su exquisita
sensibilidad. Aquél era producto de su filo-
sofía que lo impulsaba á discutir como un
endemoniado negando la amistad, la patria
y todas las manifestaciones del sentimiento,
para en seguida desmentirse por la influen-
cia de la segunda, que lo dominaba, entre-
gándolo emocionalmente en los brazos de sus
amigos y haciéndole experimentar las más
gratas embriagueces cuando una mujer lo
miraba tiernamente.

Por aquel entonces exhibióse en uno de
los escaparates más lujosos un cuadro de
costumbres, original de un joven que pasa-
ba por ser una notabilidad en el género.
Todos los diarios tuvieron para aquella
obra la nota más alta del ditirambo, derramando
sobre su autor una lluvia de flores.
Fué un verdadero triunfo, una nueva corona
de laureles que ciñera la frente del afor-
tunado pintor.

Pedro no participó de la unánime opi-
nión, como hasta entonces no la había parti-
cipado con respecto á los otros trabajos
que á él se le antojaban bastante malos.

Le pareció aquel cuadro detestable. Iba
á desmenuzarlo. Y así lo hizo, poniendo en
juego sus conocimientos pictóricos. Su ar-
tículo crítico, de una precisión pasmosa,
donde se reflejaban sus vastos conoci-
mientos en la materia y su elevado criterio,
llevó al ánimo de los inteligentes el conoci-
miento del escaso mérito de la obra.
Los defectos aparecían evidentes, presen-
tados con toda claridad por el intelligen-
te crítico. Aquello no admitía discusión.

Era la prueba palpable, que destruía en
un momento el oropel de aquella gloria, hi-
riendo de muerte la fama del celebrado au-
tor. Fué un golpe terrible para éste, un
acontecimiento inesperado que mataba sus
ensueños, sus ambiciones todas. Se sintió
vencido, sin fuerzas para luchar con aquel
gigante que se le cruzara en medio á su ca-
mino.—¡Si él le contestara!—pensó. No, ni
pensarlo! Habría sido más grande su derro-
ta. Y su dolor intenso, sin límites, lo lleva-
ba de una idea á otra, donde la venganza
aparecía de continuo. Por fin encontró el
medio de contestarle. Le envió sus padri-
nos, retándolo á duelo.

—Convenido—le dijo Pedro á éstos.
Cuando se dió cuenta de lo que acababa
de hacer, sintió que un sudor frío bañaba
su cuerpo. Una fiebre intensa le quemaba
la cabeza, haciéndole latir las sienas des-
esperadamente. Respiraba trabajosamente,
cual si le atenacearan la garganta. Dos ma-
nos poderosas estrujábanle su pobre cora-
zón, que iba á estallar en pedazos!

¿Cómo se había atrevido á aceptar aquel
duelo? ¿Estaba loco? Pero, ¿era cierto, era
acaso cierto lo que acababa de hacer?...

¡Dios santo!... Nunca había experimenta-
do un dolor tan vivo, tan horriblemente
desesperante. ¿Qué hacer, Dios santo, qué
hacer?... ¡Huir, llevándose consigo á sus
hermanas!... No: sería aquello una
vergüenza!

¿Cómo pudo atreverse?...
Fué una aceptación inconsciente, hecha
en un momento de irreflexión, con la misma
ingenuidad que si agregara otro párrafo á
su artículo crítico. El triunfo que alcanzara
con éste, le hizo olvidar por un momento
su dolor; y en aquel instante en que fuera
visitado por los padrinos, saboreaba su vic-
toria.

—Pero es que á el no le era permitido el
batirse—pensaba. ¿No estaban acaso ellas
de por medio? ¿De qué le serviría entonces
el haberse cuidado tanto?... Mas la idea
de que había empeñado su palabra, hacíale
raciocinar de distinto modo.—¿Serían tan
inexorables las leyes del honor?... ¡El hon-
or! es cierto. No, no podía dejar de batirse.
Tendrían por un cobarde, por un charla-
tán, como ya empezaba á considerarlo sus
amigos al notar su indecisión.—¿Ellos tam-
bién?...

La imagen de la muerte se le presentó
ahora neta, en toda su horrible desnudez.
Era bien triste su situación. Los re-
cuerdos del pasado se le agolparon á la
mente. Entonces, sí, era feliz; la vida le
sonreía llena de encantos, desbordante de
ilusiones! Brillaba en los salones y en los
paseos, acompañado siempre de sus herma-
nas! ¡Qué hermosos paseos celebraban! ¿Có-
mo transcurrían risueñas las horas en la in-
timidad de sus corazones!

Un vago asomo de su antigua entereza
le hizo aminorar un tanto su temor.

—¿Por qué habría de ser él el que murie-
ra? ¿No era acaso un gran tirador? Su mis-
ma obligación para con sus hermanas ¿no
le daría el valor suficiente para arrostrar el
peligro?

No había peligro de que dejara de bati-
se, habiendo empeñado su palabra. Las
leyes del honor eran harto sagradas para
Pedro. ¡La familia, es cierto! Ahí es donde
se estrellaban todos sus razonamientos, don-
de la idea del honor era un mito si se la
comparaba con la primera, que lo esclavi-
zaba, haciéndole llevar aquella vida de sin-
sabores y de desdichas sin cuento!

Si, se batiría por ese honor, ese conven-
cionalismo estúpido, al cual prestara
siempre pleito homenaje; se batiría por sus
amigos, por sus hermanas á quienes alcan-
zaría su triunfo. ¡Ser las hermanas de un va-
liente!

Á las cinco de la mañana siguiente, en-
contráronse frente á frente los duelistas.

—¿Prontos?—dijo uno de los padrinos.
¡Dios santo, si él se muriera!
Oyéronse las tres palmadas de uso.
Las pistolas dispararon casi á un tiempo.
Uno de los duelistas cayó muerto.
¡Era Pedro!

FRANCISCO COSTA.

AMOR

¡Salve, fecundo amor! Tu omnipotencia
El universo aclama,
Cual ¡ religioso sol que la existencia
Mantiene con su llama.
Desde el pobre esquimal que, triste, habita
Débil choza de hielo,
Mientras la noche, lóbrega, dormita
Tenebrosa, en el suelo,
Hasta el salvaje que la vida pasa
En la región ardiente,
Donde la sangre con su fuego abrasa
El Sol resplandeciente,
Y que pueblan innumerables volcanes
Que a lo lejos parecen
Centinelas de un mundo de titanes,
Que firmes permanecen;
Desde la blanca estrella que en las flores
Plácida luz destila,
Hasta el fuego que muestra en sus fulgores
Misteriosa pupila:
Todos te rinden fervoroso culto,
Pues es ley bendecida
Que, eterno, llevas en tu seno oculto
El germen de la vida.

JOSÉ SALGADO.

VERANO

A Guzmán Papini y Zas.

Ha desaparecido
El invierno fatal con sus rigores,
Y el verano florido
Con sus dulces primores
Nos invita a entonarle mil loores.
Ya el Sol leño aparece,
Mas presuroso y tardo se retira;
El campo reverdece;
Y un ave es cada lira
Cuando la luz en occidente espira.
Risueñas alboradas
Preceden a los días calurosos,
Y vuelan perfumadas
De aromas deliciosos
Las brisas, como cantos amorosos.
Los pájaros pululan,
Notas y trinos por doquier dejando;
Los árboles ondulan
Su follaje aumentando
Y grata sombra al viajador brindando.
Es la época dichosa
De los suaves perfumes de las flores;
Aquella en que la rosa
Es cuna de colores
Y novia de encantados picaflores.
Aparece el boscaje
Como un verde palacio de esmeralda;
El cielo es un miraje,
Y hasta el monte en su falda
Parece que tejiera una guirnalda.
Ya el tiempo no le afije
Al honrado pastor que el hato cuida
Y apenas le dirige;
La pradera extendida
Al ganado a pacer doquier convida.

El labrador confiado
En la dorada mies ve su esperanza,
Y al trabajo entregado
De la ruda labranza
Sólo cura del tiempo en la mudanza.
¿Quién es el que no adora
De la siesta la calma silenciosa?
Dulcemente a esa hora
Apacible y hermosa,
Natura bella al parecer reposa.
La tarde más me agrada
Cuando el Sol entre cerros desaparece,
Y de rojo manchada
A la vista se ofrece
La nube que hacia el Sol volar parece.
Y entonces, cuán hermoso
Es contemplar el murmurante río
Y oír el primoroso
Canto que en el sombrío
Bosque el zorzal entona en el estío.

PEDRO COSIO.

Rivera.

TRATADOS

[Conclusión]

De la tácita reconducción. Pradier-Fodéré estudiando este punto dice, que el consentimiento para la renovación de los tratados puede ser expreso ó tácito. Es expreso, cuando se hace una declaración especial de renovación, cuya declaración puede ser una convención, un tratado particular, ó simplemente un artículo adicional. Tácito es el consentimiento, cuando el término de la fuerza obligatoria del tratado ha terminado, y, sin embargo, las partes continúan cumpliendo las unas las obligaciones convencionales y las otras aceptando su cumplimiento. Este consentimiento tácito de renovación es a lo que se denomina tácita reconducción. Denominación impropia desde que sólo es aplicable a los arriendos. En efecto, si a la espiración de un arriendo, el arrendatario sigue gozando de él, se opera un nuevo arriendo en virtud de una convención presumible, que se llama tácita reconducción. Hay que distinguir el caso de una verdadera renovación, de aquel que no es más que una simple continuación del tratado, distinción que hace Vattel en los siguientes casos que cita. «La Inglaterra tiene un tratado de subsidios con un príncipe de Alemania, por el cual debe mandarle durante diez años un cierto número de tropas a la disposición de esta corona, con la condición de recibir cada año una suma convencional. Terminados los diez años, el rey de Inglaterra hizo dar la suma estipulada por un año; su aliado la recibió. El tratado quedó continuado tácitamente por un año, pero no puede decirse que haya sido renovado, pues concluido ese año no hay obligación ninguna de continuar diez años más.
Pero supongamos que un soberano haya concluido con un Estado vecino darle la cantidad, p. ej. de un millón por tener el derecho de mantener una guarnición

« en una de sus plazas por diez años. Es-
« pira el término, y, en lugar de retirar su
« guarnición, da un nuevo millón, y su aliado
« lo acepta; en este caso el tratado queda
« tácitamente renovado». La cuestión, pues,
está en averiguar si el hecho de continuar
las obligaciones convenidas y aceptar su
cumplimiento, después de fenecido el térmi-
no del tratado, constituyen una renovación
de éste ó simplemente una ejecución con-
tinuada de una obligación consentida por
el acreedor, y que no debe mirarse sino co-
mo un hecho aislado, dependiente de las
circunstancias. ¿Pueden pactarse válidamen-
te tratados perpetuos, y hay el derecho de
denunciarlos? Ya vimos al tratar la pri-
mera clasificación de los tratados, que no
pueden éstos considerarse perpetuos sino
de una manera relativa, y de ningún modo
en su significado absoluto. Las naciones
no pueden, como dice Bluntchli, pactar válidamente
tratados perpetuos, y en el caso de
hacerlo, hay el derecho de denunciarlos,
pues que una generación no puede obligar
de una manera perpetua a las generaciones
venideras. La eternidad de un tratado es un
absurdo, como es un absurdo la eternidad
de las constituciones. Lo más que podrá
hacer un Estado es, como lo dije anterior-
mente, pactar por un tiempo indetermina-
do, pues de otro modo sería arbitrario que
un tratado que derogue los principios del
derecho común de un pueblo, pudiese ser
celebrado a perpetuidad, cuando el tiempo
máximo que debiera obligar a las partes
sería el de una generación.

En generales y especiales divídense los
tratados que dos Estados en guerra pueden
celebrar. Los primeros son aquellos que
sin limitación de tiempo, moderando el fu-
ror de los combatientes, dan acceso a una
paz honrosa, y se celebran de Estado a Es-
tado; los segundos son aquellos que, por el
contrario, no se necesita para su celebra-
ción del poder supremo del Estado, sino en
casos excepcionales, y que quienes los ini-
cian y concluyen son los generales en jefe
del ejército ó comandantes de una plaza;
tales son los armisticios, treguas y capitula-
ciones. Veamos ahora qué efecto produce
sobre los tratados celebrados entre dos Es-
tados, una declaración de guerra posterior a
ellos. Muchos tratadistas creen que basán-
dose en la naturaleza de las cosas, la guerra
anula *ipso facto* las obligaciones contraídas
entre los beligerantes; pero esta doctrina
reposa sobre un principio erróneo, que es el
de suponer que la guerra coloca a los hom-
bres en el estado primitivo, ó estado de na-
turalidad, desconociendo por lo tanto todos
los derechos existentes.

Por el contrario, hoy se ha recono-
cido que esos derechos subsisten en ese
estado, y que es la guerra el único medio
de hacerlos respetar. Fiore, Bello y Pérez
Gomar creen que la guerra sólo extingue
aquellos tratados que regulan las condicio-
nes de la paz y de la alianza entre dos Es-
tados, pero en cuanto a los demás tratados
sólo quedan para ellos en suspenso, y
Bluntchli supone que solamente aquellos
cuya ejecución en tiempo de guerra es im-
posible, son los que quedan en suspenso, por-
que los demás deben cumplirse a pesar de

ella, sacándose, como consecuencia de esto,
que los tratados que durante la guerra que-
dan en suspenso, reviven en el caso de ha-
cerse la paz, sin necesidad de una declara-
ción, a no ser que se refieran a casos que
durante la guerra se han cambiado ó altera-
do, ó que en el tratado de paz se haya re-
suelto lo contrario. Otros publicistas hay
que creen que es necesario para que los
tratados que han quedado en suspenso
vuelvan a tener valor, que se haga constar
expresamente esa condición en el tratado
de paz, pues de lo contrario deberán consi-
derarse anulados.

Esta diversidad de opiniones ha dado lugar
a numerosos conflictos, citándose entre
ellos el que surgió entre la Inglaterra y los
Estados Unidos del Norte, con motivo del
tratado de 1783, en el que la Inglaterra con-
cedía a los pescadores de la segunda de es-
tas naciones el derecho de ejercer su profes-
ión sobre las costas inglesas de la América,
al mismo título que los pescadores ingleses,
y de servirse con este fin de los golfos y
bahías todavía desocupados.

Este tratado, después de la guerra que
sostuvieron estas naciones, fué pasado en
silencio en el tratado de paz de 1814. El
gobierno inglés afirmaba que esta concesión
que constituía en su naturaleza, un privilegio,
había sido abrogada por la guerra y que no
había sido renovada por la conclusión de la
paz. El gobierno de los Estados Unidos
sostenía de su parte que el tratado se había
limitado a reconocer antiguos derechos exis-
tentes, y no había creado, por lo tanto, un
privilegio; que estos derechos no estaban,
pues, terminados por la guerra, y que por el
contrario el restablecimiento de la paz los
hacía entrar plenamente en vigor.

El conflicto terminó en 1818 por un tra-
tado, en el cual Inglaterra acordó a los pes-
cadores de los Estados Unidos el derecho
de pescar en cierta parte determinada de las
costas de las posesiones inglesas. En este
conflicto, según mi modo de ver, quien esta-
ba en su derecho era los Estados Unidos,
por las razones que hemos expuesto, pero
creo que para evitar cuestiones, debe siem-
pre en los tratados de paz establecerse si
reviven ó no las obligaciones anteriores.

Tratados de comercio.—Entre las diferen-
tes clases de obligaciones que pueden cele-
brar los Estados, encontramos aquellas re-
lativas al comercio, que son sin duda las más
importantes, dada la considerable suma de
intereses que, tanto en tiempo de paz como
en tiempo de guerra, regulan. No siem-
pre, sin embargo, estos tratados han tenido
la importancia que hoy tienen. En otras épocas,
cuando la libertad de comercio no era
admitida, era su importancia insignificante y
casi puede decirse que no existían. ¿A qué
se debía el que se negara la admisión del
libre comercio? A dos graves errores predo-
minantes entonces y que provenían, uno, de
laciencia administrativa, y, el otro, de la eco-
nomía política, errores que consistían, el pri-
mero en creer que todo país debe bastarse
a sí mismo, y el segundo en pretender que
la riqueza de un pueblo consistía en la abun-
dancia de dinero y que, como consecuencia
de esto, debía todo país acumular la mayor
cantidad posible de oro. Pero hoy, que esos

errores se han desvanecido, porque se ha
comprendido lo absurdo que es el pretender
que las naciones se basten a sí mismas y
lo erróneo que es el creer que la riqueza de
un país consiste en la mayor ó menor can-
tidad de numerario que éste posea, cuando,
por el contrario, estriba en el adelanto de
las industrias y producciones naturales; la
importancia de estos tratados es inmensa.
Son ellos los que estableciendo la libre con-
currencia entre los productos, favorecen los
intereses individuales ó, estableciendo por
el contrario un proteccionismo moderado,
equiparan unos con otros los productos de
las naciones é impiden, por consiguiente, el
predominio de las industrias extranjeras so-
bre las nacionales.

En general, las cláusulas que contienen
estos tratados se refieren ya a la importa-
ción ó exportación de los productos, ya a
los peajes compuestos de navegación y ta-
rifas de aduana. En algunos tratados mo-
dernos se han añadido a estas cláusulas otras
que no se refieren para nada al comercio,
como son: nombramiento de cónsules, recí-
proca protección de marcas de fábrica, y
reglas concernientes a los derechos civiles,
y a las sucesiones. Considero impropio que
en un tratado se establezcan estas reglas,
cuando debieran ser objeto de acuerdos es-
peciales, por lo graves y delicadas que son,
fijándose su duración, no por un tiempo li-
mitado, como debe suceder con las tarifas
de impuesto, sino por un período indetermi-
nado.

Estudiaré brevemente y para concluir este
trabajo, los tratados de comercio celebra-
dos entre el gobierno de la República y el
del imperio del Brasil en los años de 1851
y 1857.

En el primero efectuado el 12 de octubre
en Río Janeiro intervino como enviado de
la República don Andrés Lamas y como
representantes del Brasil los señores Hon-
orio Carneiro Leao y Antonio Limpo de
Abreu, acordando en este tratado la excen-
ción de los derechos de consumos que has-
ta entonces tenían el charque y los demás
productos de ganados importados en la pro-
vincia de Río Grande por la frontera uru-
guaya, conviniéndose que continuarían equi-
parados a iguales productos de dicha pro-
vincia; y como compensación se estableció
la total abolición de los derechos que el Es-
tado Oriental cobraba por la exportación
de ganado en pie para la mencionada pro-
vincia de Río Grande, debiendo, por lo tanto,
esa exportación hacerse desde la fecha de
este tratado y por diez años, duración del
mismo, libre de todo derecho.

En un artículo posterior se añade además
que las excenciones expresadas continuarán
en vigor aún después de pasados los diez
años, hasta que una ú otra de las partes con-
tratantes notifique a la otra su deseo de ter-
minarlas, lo que no se realizaría efectiva-
mente sino después de pasados seis meses
contados desde esa notificación.

Continúa después el tratado establecien-
do la abolición de la confiscación bélica de la
propiedad particular y el efecto que en ca-
so de guerra causa la bandera del buque so-
bre su mercadería. Y, finalmente, señala co-
mo sitio para que se verifique el canje de

las ratificaciones, la ciudad de Montevideo, y
dentro del plazo de treinta días, contados
desde el día de su fecha.

En el segundo tratado intervino también
don Andrés Lamas como enviado diplomá-
tico de la República, y como enviado del
Brasil actuó don Paulino Suárez de Souza,
conviniéndose en él, como en el anterior,
que serían libres de derechos de exporta-
ción los ganados en pie y el charque que de
la República fuesen a Río Grande, y como
compensación la excención del derecho de
consumo que haría el Brasil a los productos
orientales, estableciendo también una re-
ducción de este derecho en los productos
de ambas naciones para el caso en que los
artículos similares de otros Estados fueran
reducidos; de manera que siempre quedarán
los productos de las partes contratantes fa-
vorecidos a los del extranjero.

Contenía además este tratado cláusulas
relativas al castigo de los delinquentes y a
la libertad de navegación, cuyo estudio no
corresponde a esta parte. Desde dos puntos
de vista considero que pueden ser estudia-
dos estos tratados: 1.º El de la legalidad con
que fueron efectuados, y 2.º del beneficio ó
perjuicio que obtuvo la República con
su celebración. Por lo que se refiere al pri-
mero, creo que pueden estos tratados con-
siderarse perfectos, por la sencilla razón de
que contienen todos los requisitos que exi-
ge el Decreto Internacional para que pue-
dan ser eficaces y obligar a las partes con-
tratantes. En efecto, desde el nombramien-
to de enviados especiales y la verificación
de sus poderes hasta la ratificación y el
canje de las ratificaciones, se han observado
en ellos hasta las reglas más insignificantes
que los tratadistas exigen para su validez.
En cuanto al segundo, esto es, saber si cau-
saron a la República beneficio ó perjuicio
estos tratados, declaro francamente que no
puedo dar una opinión autorizada, porque no
he hecho, como sería necesario para ello, un
estudio detenido de las cláusulas que contie-
nen. Sin embargo, me parece a primera vista
que facilitando las transacciones comercia-
les de la República, por la excención de los
derechos de importación y consumo, y te-
niendo ésta en el Brasil un mercado seguro
para las producciones naturales del país, que
constituyen su riqueza principal, los bene-
ficios que estos tratados reportaron a la Re-
pública, deben haber sido importantísimos,
teniendo en cuenta el corto tiempo que es-
tuvieron en vigencia.

ARTURO PUIG.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

BIBLIOTECA DE «EL DIARIO JUDICIAL». EL
CONDE LEON TOLSTOY, POR MERCEDES CABELLO
DE CARBONERA. LIMA, IMPRENTA DE «EL DIARIO
JUDICIAL». 1 vol. en 4.º, s. s. Port., 73 págs.
num. y 1 s/n.

La señora Cabello de Carbonera, que de
tanta y tan merecida reputación goza como
una de las escritoras de más probado talen-
to con que cuenta la literatura americana,
nos envía un ejemplar del estudio crítico
que acaba de publicar en Lima sobre el
conde Tolstoy.

Es, sin duda, el Perú el pueblo de Hispano-América en que la dedicación de la mujer á las tareas intelectuales, y singularmente á las literarias, se ha manifestado de una manera más activa y vigorosa.

Al número relativamente crecido de las escritoras que reflejan honor sobre los anales literarios de aquel pueblo, debe unirse el mérito de las ideas avanzadas que manifiestan muchas de ellas en sus escritos.

La señora de Carbonera es honroso ejemplo de esta independencia de criterio, á la que añade una cultura enteramente moderna.

Su juicio del grán novelista ruso constituye una buena demostración de esas cualidades. Es verdaderamente sensible que la escasa ó ninguna circulación de los libros que se publican en otros pueblos de América, en el nuestro, impida que el estudio de la notable escritora peruana sea conocido y admirado entre nosotros.

MEMORIA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA PRESENTADA AL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE 1896, POR EL SEÑOR SECRETARIO DE ESTADO EN ESA CATERA, LICDO. DON RICARDO PACHECO. SAN JOSÉ, (Costa Rica.) TIPOGRAFÍA NACIONAL. MDCCCXCVI. 1 vol. en 4.º Port., 1 hoja s/n. XIV, 1 hoja s/n. 105 págs. num., una s/n. y 1 cuadro.

Esta interesante memoria á la que acompañan como anexos los documentos y cuadros estadísticos relativos á su objeto, da idea ventajosa de los esfuerzos realizados por el Gobierno de la república costarricense en pro del adelanto de la educación primaria y secundaria.

Encontramos en ella referencias muy honrosas á los merecimientos contraídos en el desempeño de su puesto de Director del «Liceo de Costa Rica» por el ilustrado filólogo señor Gagini, que ha prometido á la REVISTA NACIONAL, para muy en breve, su valiosa colaboración.

MEMORIA DE RELACIONES EXTERIORES, GRACIA, JUSTICIA, CULTO Y BENEFICENCIA PRESENTADA AL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE 1896, POR EL SEÑOR SECRETARIO DE ESTADO EN ESAS CARTERAS, LICDO. DON RICARDO PACHECO. SAN JOSÉ, (Costa Rica.) TIPOGRAFÍA NACIONAL. MCCCXCVI. 1 vol. en 4.º Port., una hoja s/n. XVI y 109 págs.

Comprende esta memoria dos partes: expositiva la una, de documentación la otra. En la primera se da cuenta de la realización de tratados tendentes á hacer efectiva la confraternidad de las repúblicas centro-americanas, y de otras negociaciones internacionales, así como de los esfuerzos dirigidos al mejoramiento de la administración de Justicia, del Culto y de las instituciones de Beneficencia.

MEMORIA DE HACIENDA Y COMERCIO PRESENTADA AL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE 1896, POR EL SEÑOR SECRETARIO DE ESTADO EN ESAS CARTERAS, DON RICARDO MONTEALEGRE. SAN JOSÉ, (Costa Rica.) TIPOGRAFÍA NACIONAL. MCCCXCVI. 1 vol. en 4.º Port., una hoja s/n. XLVII, una hoja s/n., 191 págs. num., una s/n. y 1 cuadro.

Esta memoria, documentada prolijamente, revela que en la administración de aquella república centro-americana impera la práctica plausible de una amplia y detallada publicidad en lo referente al manejo de la hacienda pública.

Esta publicación oficial, así como las dos

precedentes, nos han sido remitidas por la «Oficina de Depósito y Canje de publicaciones» de Costa Rica.

ALBERTO PALOMEQUE. CUESTIONES JURÍDICAS. MONTEVIDEO, IMP. «EL SIGLO ILUSTRADO», DE TURENNE, VARZI Y CIA. 1896. 1 vol. en 8.º, sign. irreg. 270 págs.

Cuatro tópicos, correspondientes á otras tantas ramas del derecho positivo, comprende esta nueva é instructiva obra con que el infatigable espíritu del doctor Palomeque da una prueba más de su celo y competencia jurídica.

Relativo el primero al Derecho Civil, versa sobre la cuestión así planteada: «¿Puede la mujer, con la venia de su esposo, comprometer los frutos futuros de sus bienes dotales, por deudas de la sociedad conyugal que no ceden en su utilidad privativa, ni son anteriores al matrimonio? ¿La separación judicial de bienes impide á los acreedores ejecutar los bienes propios de la mujer, por obligaciones contraídas durante el matrimonio en la forma indicada? ¿Se extienden á los bienes dotales de la mujer los derechos adquiridos, antes de la separación judicial de bienes, por los acreedores de la sociedad conyugal de que habla el artículo 1967 del Código Civil?»

El segundo, referente al Derecho Criminal, contesta á esta pregunta:

«¿La falta del certificado rural es causa que por sí sola autorice la declaración de la existencia del delito de abigeato, cuando el cuero del animal contiene la *marca chica* á que se refieren los artículos 36 y 792 del Código Rural, vendido por el dueño aparente ó por el mayordomo del establecimiento de campo?»

Versa el tercero sobre materia procesal, y el cuarto, relacionado con el Derecho Administrativo, trata de la *bonificación de mercaderías*.

ALBERTO PALOMEQUE. ACTOS GUBERNATIVOS DEL GENERAL ORIBE. SU VALOR JURÍDICO. MONTEVIDEO, IMP. «EL SIGLO ILUSTRADO», DE TURENNE, VARZI Y C.ª 1896. 1 vol. en 8.º, 99 págs. num. y dos s/n.

Es este opúsculo un estudio político-judicial, como lo califica su autor, de la legalidad del decreto dictado por el Presidente Oribe en 1838, ordenando se otorgara escritura de propiedad, á favor de don Domingo Lebrun, de un campo que éste poseía á título de comprador de la donación hecha por el general Artigas en 1815, en la persona del esclavo Lorenzo Ruy Díaz, que había conquistado su libertad al precio de su heroísmo.

Para la dilucidación de asunto tan complejo, por haberse mezclado en él la influencia política de una época azarosa, declara el doctor Palomeque haberse inspirado tan sólo en el amor de la verdad y de la justicia.

El folleto está dedicado, con frases justamente elogiosas, al joven é ilustrado jurisconsulto doctor Lorenzo Barbagelata.

¡PATRIA! NOVELA ARGENTINA, POR ISAAC R. PEARSON. JUICIOS FAVORABLES Y ADVERSOS. BUENOS AIRES. TIP. LA REVISTA. 1896. 1 foll. en 8.º menor. 16 págs.

El señor Pearson colecciona en este folleto las cartas de felicitación que le han sido

dirigidas á propósito de su novela, y los juicios, tanto elogiosos como desfavorables, que ha emitido la prensa sobre la misma obra. No conociéndola, estamos imposibilitados de dar nuestra opinión.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por vez primera las siguientes:

Revista de la Unión Ibero-Americana — Año XI, Núm. 131. Esta importante publicación mensual ve la luz en Madrid y es órgano de la asociación internacional de su nombre, fundada en 1885 y declarada por el gobierno español *de fomento y utilidad pública* en 1890.

En el número que tenemos á la vista figura, entre sus materiales de interés, la primera parte de un extenso estudio del señor Fernando Antón sobre *Legislación del Uruguay*.

—*La Revue des Journaux et des Livres*. París. Año XII. Número 44. El objeto de esta recomendable revista francesa es el de recopilar en cada uno de sus números los materiales más interesantes que ofrecen los diarios, revistas y libros aparecidos durante la semana, en literatura, variedades y conocimientos útiles.

Esta condición de resumir en forma popular y económica la lectura dispersa en multitud de obras y publicaciones de diverso género, es suficiente para dar idea de la importancia de *La Revue des Journaux et des Livres*.

SUETOS

El exceso de material nos obliga á postergar la publicación del artículo prometido sobre *Valmar*, la novela de Magariños Solsona, por Daniel Martínez Vigil, y de la conclusión del estudio «*El Iniciador*» de 1838, de José Enrique Rodó.

Ambos trabajos irán en el próximo número.

El ilustrado catedrático de Derecho Administrativo, doctor don Carlos María de Pena, publicará en breve, en forma de libro, sus eruditas disertaciones de clase.

El laborioso y acreditado impresor señor Peña proyecta la fundación de una biblioteca literaria, de autores nacionales, que llevará el título genuinamente americano de *Biblioteca Sabia*.

Modelados en la imitación de las ediciones primorosas de las colecciones *Lotus bleu* y *Chardon bleu*, que publica Gaillaume, los volúmenes de la biblioteca proyectada reunirán todas las condiciones de verdaderas preciosidades bibliográficas, por la elegancia, el lujo y el buen gusto.

El trabajo del doctor don Alberto Palomeque, publicado en el número anterior de la REVISTA, fué dedicado por su autor al doctor don Evaristo G. Ciganda. Débese el no haber aparecido la dedicatoria al hecho de habérsela omitido por olvido en el original.